

Un
príncipe
EN APUROS

Rebecca Becca

Un
Príncipe
en Apuros



REBECCA BECCA

Epígrafe

*"Siempre he oído que el príncipe
salva a la princesa,
ya es hora de cambiar ese final."
"Es imposible que un príncipe
pueda ocultar sus defectos
a los ojos del pueblo."*

Prefacio

Sara y Danny han estado saliendo durante un año y están locamente enamorados el uno del otro. Ella es maestra en Nueva Jersey y él es un escritor de no ficción. Cuando él la pide en matrimonio, ella descubre algo impactante. El joven es el príncipe heredero de Suecia.

Aunque todo parece un sueño y una historia de hadas y princesas, a través del viaje que los novios harán a Suecia, pronto aparecerán los problemas. La monarquía tiene unas reglas escritas acerca de los nacionales de Suecia y es que deben hablar sueco, y Sara, a pesar de que cumple bastante de los requisitos, no cumple éste. Por otra parte, la princesa Fiona, la hermana de Daniel, ha cedido la corona a su hermano, pero puede volver a reclamarla si ella desea el título y cumple mejor las consideraciones del reino. ¿Podrá el amor de ambos jóvenes vencer todos estos obstáculos? ¿Será la ambición por el trono lo único que guíe al joven Daniel y gane su corazón?

Contenido



Epígrafe	5
Prefacio	7
Contenido	9
Capítulo 1	11
Capítulo 2	25
Capítulo 3	33
Capítulo 4	47
Capítulo 5	59
Capítulo 6	65
Capítulo 7	73
Capítulo 8	85
Capítulo 9	95
Capítulo 10	109
Capítulo 11	121
Capítulo 12	135
Epílogo	145
Acerca de la autora	175
Libros de la autora	177



Capítulo 1

Dentro de las relaciones que tenemos, no podemos deshacernos del pasado, ni podemos afrontar el futuro sin tener un sentido de los viejos patrones, porque siempre regresan.

Sara era fácil de reconocer a distancia, porque tenía una sonrisa a flor de labios, como si fuera un anuncio de publicidad que atrajera a la gente. Había nacido en Nueva Jersey y pertenecía a una familia de clase media trabajadora, allí se había graduado para ser maestra de niños. Cuando se levantaba su primera actividad era salir al parque, que estaba frente a su casa, y correr un rato. Allí saludaba a muchas de sus amigas, con las que se encontraba por el camino.

—Hola —sonrió a una chica que pasaba corriendo.

Y luego pasó otro conocido que también iba haciendo jogging.

—Oye, ¿consiguió tu mujer el trabajo?

—Sí.

Luego siguió su paso entre las extensas áreas verdes del parque, disfrutando del aire sano de la mañana en medio de la vegetación, pero pronto recibió una llamada de móvil que la sacó de su ensimismamiento, aunque sonrió al ver quién era. Se sentía feliz, pues quien la llamaba era su novio, Danny. En realidad, lo esperaba de algún modo, pues estaban de celebración, ese día era un día especial para ellos.

—Oye, ¿te has preparado lo suficiente para tu gran día? —le preguntó ella.

—No, sin mi dosis matutina de café, gracias a ti.

Él la llamaba desde un quiosco con un vaso de cartón en las manos y estaba comiendo algo.

—¿Qué estás comiendo? —inquirió ella con curiosidad.

—Nada de pastelería.

Ella se rio.

—Para mi último día, entonces, ¿todavía quedamos para el almuerzo? —apuntó él.

—Absolutamente, pero primero tengo que ir a casa, ducharme y pelear con un grupo de niños de nueve años.

—Te pagan por eso.

—Sí, es muy divertido, ahora tú irás a vender tu libro. Estoy cansada de salir con un escritor en apuros. Quiero uno con un contrato editorial.

—Digas lo que digas, no me avergüenzo, ¿sabes?

—Lo sabía.

—Sí, sí, y ahora ve a matarlos y esa es otra expresión estadounidense que probablemente no significa lo que crees que significa.

Él se rio.

—Te veré más tarde —ella respondió. Y siguió con su recorrido riendo.

Al llegar al colegio, había filas de niños que iban entrando en las clases.

—Hola, Sara —la saludó su compañera, Caitlin—. ¿Necesitas una mano?

—Sí, por favor.

Ella llevaba unas cajas con cosas para mostrárselas a los niños.

—Estamos haciendo marcos de fotos personalizados hoy.

—No es de extrañar que los niños te quieran a ti más. Yo que les enseño matemáticas..., sólo están deseando que llegues tú y puedas sacar el pegamento.

—Yo puedo hacer ambas cosas también.

—Oye, ¿cómo está ese misterioso sueco?

—Muy bien.

—¿Sí?

—Hoy es nuestro primer aniversario.

—¿Estás bromeando?

—No, ya ha pasado un año.

—Guau, está bien, entonces ¿estás segura de él? Quiero decir... no tiene Instagram o un Facebook... Si me preguntas, creo que está ocultando algo por completo.

—Él es muy reservado. Hoy dejó una nota en el parabrisas de mi coche: “Mantente tan maravillosa como eres, amor. Anónimo”.

—¿Cómo sabes que eso es de Danny?

—¿Quién más piensa que soy maravillosa?

—Literalmente cualquiera que te haya conocido.

Sara se dirigió después a clase y estuvo explicándoles a los niños cómo tenían que hacer los marcos de fotos.

—Y recordad que no es una competición, sólo tenéis que ser originales y sed siempre fieles a vosotros mismos.

—Eso es lo que nos dice todos los días, señorita Dimarco.

—Bueno, eso os lo digo porque es algo muy importante y puedes aplicarlo en todo lo que haces, como en estos marcos.

—¿Qué pusiste en tu cuadro? —le preguntó un niño curioso.

—Así que este es mi marco. Me encantan las flores, así que encontré fotos de cosas que puedes admirar en un jardín. Muy bien, ustedes están haciendo un trabajo excelente y puedo ver que todos entienden esto, así que os dejaré trabajar en esto ahora y ahora durante las vacaciones de primavera tenemos un tiempo libre, así que es hora de limpiar y guardar todo bien, y luego retomaremos la actividad con más fuerza.

—¿Dónde lo dejamos?

—Os lo llevaréis como asignación a casa.

Por el mediodía, Sara se citó con su novio en el parque, donde se conocieron por primera vez, y habían quedado también en esta ocasión para celebrar un rápido picnic.

—Mira esta variedad, estuvo súper, cocinaste todo el día.

Ella se quedó admirada cuando vio que él ya tenía tendido el mantel de picnic sobre el césped.

—Yo no.

Se dieron un beso de enamorados. Sara cerró los ojos y contuvo la respiración al sentir que Danny

recorría su cuello con los labios.

—Estuve ocupado y vendí mi libro.

—¿En serio?

Ella saltó sobre él engarzándolo y lo abrazó. Y él la enlazó con fuerza y la besó de nuevo.

—Cariño, felicidades.

—La reducción de CO2, gracias a los motores magnéticos, parece un tema de éxito, así como mi propuesta sobre el reciclaje de las aguas residuales ahorrando energía para paliar el calentamiento global. La Universidad de Nueva Jersey me ha favorecido con su respaldo.

—Danny, tenemos que celebrarlo.

—De ahí el espléndido festín que he preparado en este carísimo mantel de picnic.

Él se sentó sobre el mantel, después de hacer su mueca de ironía con la comida, y ella también se puso a su lado.

—Pastel de carne de pavo. Me conoces tan bien... —afirmó ella.

—Estoy aquí y, sí, ahora estoy pensando en ti.

—¿Tú crees?

—Tú bromeas con las mañanas a las seis al levantarte para hacer footing, yo no entiendo de modas o si es así o no... pero te encanta la comida sana, y luego te permites comer el chocolate en pastel cubierto de cerezas, porque estás convencida que debe ser así...

—No sé.

Ella se rio y correspondió al gesto bromista de él. Pero él la cogió amablemente por los hombros y la retuvo.

—Además, sé que me quieres tanto como yo te quiero a ti...

Él la miró a los ojos.

—Sí...

Él se inclinó para besarla una vez más. La besó como si de alguna manera pudiera absorber su alma.

—Eso es cierto —respondió ella—, es muy, muy cierto, así que comamos, me muero de hambre.

—Um, antes de profundizar en el plato principal tentador en ese sándwich, tal vez ¿por qué no echamos un vistazo al postre?

Ella se rio. Él hablaba un inglés con un acento diferente al de ella y usaba palabras que resultaban un tanto anticuadas aunque a ella le gustaba su forma de hablar. Él le enseñó entonces el postre. Era una tarta de fresa rellena de chocolate y, en la parte de arriba, sobre un corazón de azúcar glasé, estaba escrito: “Sé mía”.

—Nunca conocí a nadie como tú y estoy muy seguro de que nunca lo conoceré. Eres todo lo que un hombre podría desear, al menos para mí —él se levantó de su asiento improvisado y se puso de rodillas frente a ella y le puso el pastel en medio. Entonces ella se puso seria.

—¿Qué dices, Danny?

—Digo la verdad, ¿qué tipo de verdad importa? Así que llamé a tus padres y...

—¿Lo hiciste?

—Y me dieron su consentimiento, así que me pregunto si estarías abierta a la idea de casarte conmigo...

—¿Hablas en serio? ¿Qué es esto, es un pastel de compromiso?

—Sara, te amo con locura, de hecho, no puedo hacer esto absolutamente oficial, hasta que veas... bueno, las cosas se ponen un poco complicadas. No he sido del todo honesto...

—¿Qué?

—Hay algo que he estado ocultando que no podía decirte...

—Oh no, dios mío, Caitlin tenía razón, dijo que me habías ocultado algo.

Ella se levantó y se retiró del mantel del picnic. Él se levantó también y fue tras ella para retenerla y la cogió de las manos.

—Cuéntame qué es eso —le pidió ella.

—Yo...

Él la tenía cogida de las manos.

—Me ves como un simple escritor que escribe no ficción, alguien totalmente poco convencional que se abre camino en el mundo, pero la verdad es que... la verdad es...

Ella estaba excitada y su respiración se agitó más.

—Yo soy un príncipe.

Ella se rio.

—¿Eres un príncipe... como un príncipe azul... o encantado?

—Bueno, no, aunque sí, puedo ser bastante encantador, pero no, no es eso, sino que soy un príncipe real, el príncipe de Suecia, para ser exactos, es posible que hayas oído hablar de mi madre, Silvia de Suecia. Es una monarquía de Europa en los países nórdicos.

—No, no he oído hablar, la verdad...

—Bueno, ése era el secreto.

Ella se rio y no se lo creía todavía del todo.

—Por todos los santos ¿quién eres tú?

—Soy realmente, realmente un príncipe, el príncipe Daniel, Erik Hellqvist, Hubertus, Bertil, Bernadotte, a tu servicio.

Ella ahora se quedó seria y con la boca abierta de desconcierto. Y luego se sentó en un banco de madera que había cerca, como si se quedara derrotada con esa verdad en ese momento, ya que destruía lo que ella creía que era él.

—Bueno, no es de extrañar que no me dejaras etiquetarte en Facebook y no pude encontrar ninguna foto tuya en Internet, no me juzgues, todas las mujeres hacen eso, así que...

—Sara, lo siento mucho, traté de decírtelo muchas veces... Lo juro, pero no pude encontrar las palabras, quería que me vieras como alguien a quien quieres por ser yo, por mí, y no por mi título, mi dinero, mi palacio...

—¿Tienes un palacio?

—Sí, el palacio de Drottningholm, es la residencia de la familia real, es suficientemente grande y está cerca de Estocolmo. Se construyó a finales del siglo XVI. No importa...

—Dijiste que tus padres tenían trabajos de funcionarios civiles.

—Era una forma de hablar, el rey y la reina de Suecia, así lo dicta la tradición, deben decir algo al respecto, necesitamos su aprobación para que esto sea oficial.

—¿Qué pasa si no lo hacen?

—Bueno, lo harán, así que no te preocupes por eso, y mi hermana Fiona también.

—Oh, ¿sí?

Ella se levantó y parecía que la cabeza le daba vueltas.

—Esto es... es sólo que esto es algo que me supera... esto es tanto que necesito tiempo para pensar y...

—Por supuesto.

Él se levantó del mismo banco de madera, donde ella también estuvo sentada, y la cogió de las manos.

—Por supuesto, tómate todo el tiempo que necesites. Pero regreso a casa mañana, así que, si dices que sí, deberías venir conmigo, hay cierta flexibilidad, es un jet real, un vuelo privado... Entonces, ¿podremos quedar todavía esta noche para la cena con tus padres? Hablaré sinceramente con ellos esta noche.

—Sí —dijo ella asintiendo con la cabeza.

—Pondré todas mis cartas sobre el mostrador.

—Sí, pon tus cartas sobre la mesa: Daniel, Erik, Hubertus, Bertil...

Ella lo miró extrañada.

—Y también Bernadotte. Probablemente debería agregar un par de nombres más a eso. Pero no tenemos tiempo.

Más tarde, Sara regresó al colegio, después de la pausa que hizo para el almuerzo del picnic, y habló con Caitlin. Ella la ayudó a encontrar algo por internet, pues ambas necesitaban averiguar la verdad, ya que entre ellas habían estado por mucho tiempo auspicando algo raro, y sabían que aquello era tan misterioso que algo podía esconder.

—Estaba diciendo la verdad —Caitlin se cercioró mejor con la información que obtuvo— y las fotos de él con celebridades y dignatarios con recursos, y su colección de autos... ¿Serías como una verdadera princesa?

—No sé...

—¿Tendrías que mudarte allí?

—No sé.

—¿Seguirías siendo capaz de enseñar?

—No sé.

—Esto es tan loco.

Ella se rio.

—Lo sé...

Ella miró a su amiga mientras apuraba su café de la tarde.



Capítulo 2

Los compromisos centrales del amor, de la conexión familiar, del cuidado, y la protección, esos compromisos estaban alcanzando ese punto de polaridad y un poco estresándole a Sara, en cuáles fueran los desafíos que más se interponían en su camino, en cuanto a ser atendida desde adentro, en los desafíos que más se interponían en su camino para sentir placer, sentir la seguridad de la encarnación de sus sentimientos, y a menudo, estos parecían convertirse en el estrés de su vida.

La velada se presentó de forma favorable y aconteció de un modo delicioso, ya que Sara se reunió con sus padres. El padre tenía por costumbre sentarse en su sillón y ver su programa preferido de preguntas y respuestas de trivia. “Guacamole es la respuesta correcta”: dijo la presentadora del programa. Mientras tanto, madre e hija murmuraban entre ellas sobre sus cosas en la cocina. La madre no pudo evitar el entusiasmo que esa boda le producía y charlaba con su hija un tanto emocionada por la forma en que había acontecido todo.

—Sara, estoy muy feliz con este compromiso con un chico tan agradable.

—¿Podemos usar otros platos? —A Sara le preocupaba que la cena resultara demasiado informal.

—Tenemos estos y están bien. Guarda la porcelana de tu abuela para la cena de tu boda.

—La cosa es que Danny tiene algo que decir y es una especie de sorpresa, más que una sorpresa...

La madre se puso algo seria y miró a su hija con algo de preocupación, pero pronto una sonrisa volvió a iluminar su rostro

—Algo impactante y deberías prepararte... —la hija la puso sobre aviso.

—¿Qué es un hombre buscado? ¿Va a ir a los tribunales o a la cárcel? ¿Qué es?

La madre reaccionó como si aquello tuviera un signo alarmante, entonces Sara se puso seria también.

—Bert, necesito que vengas aquí y escuches a tu hija.

—Pero, Marie, es la gran pregunta del dinero.

—Ahora, por favor.

—Muy bien —el padre se acercó a la cocina sin más objeción—, ¿qué es eso tan importante que

no podía esperar?

La hija se hizo un poco la interesante.

—Ah, ah, ¿cómo digo que este Danny es más que un Daniel?

—¿Esa es tu gran noticia? ¿Él va a cambiarse de nombre?

—No, Daniel, mi Danny... el mismo Danny, es... es un príncipe...

La madre se rio por lo chocante y el padre también agitó la mandíbula.

—Bueno, por supuesto que lo es, cariño —respondió la madre—, siempre pensamos que él era un chico muy dulce.

—No, no, no, él es un príncipe real, el príncipe Daniel Erik Hellqvist, Hubertus, Bertil... algo, algo enorme... Resulta que es realeza, como la realeza real.

—Vamos. Pero, Danny, quien te lleva al cine, Daniel, quien juega al golf conmigo —el padre trató de salir de dudas.

—Él dice que es dueño de un palacio y que corre carreras de caballos y que es el próximo en la línea para ser rey en Suecia.

—¿Suecia?

—Es esta monarquía que hay en los países de Europa. Realmente yo la desconocía, a pesar de que es un país muy conocido de Europa —Sara trataba de explicarles.

—Tengo que sentarme —dijo la madre que aún miraba a su hija consternada.

—Ya estás sentada, Marie —le aclaró Bert.

—Mamá, di algo.

—Ve a buscar los buenos platos y la vajilla china.

Daniel llegó a la hora fijada, y todos se dispusieron a sentarse para la cena. Era fácil imaginar a Sara disponiendo todo para que él se sintiese cómodo frente a sus padres. Daniel pensaba que el balance estaba resultando positivo, o tal vez solo estaba proyectando sus más íntimos deseos. Pero suponía que después de disfrutar de dos platos y el hecho de estar ahora compartiendo fotografías familiares, de Sara y de sus padres, eso hacía que todo fluyera bien.

—Esta foto fue en Halloween —le dijo Sara y se la enseñó a Danny—. Quería ser princesa ese

año y me disfracé.

—Sí, tuvimos una princesa —corroboró la madre—. Fue un presagio quizás.

—La única forma en que esto podría ser más vergonzoso es si me hubiera vestido de novia ese año.

—Bueno, pronto nos veremos de esa manera, lo suficientemente pronto —Danny trataba de mirarla y seducirla con una sonrisa. Sara suspiró como si no se lo creyera.

—Sí, eso si tus padres lo aprueban... —añadió como si el presagio no pudiera hacerse realidad.

—Oh, por favor, ¿cómo podrían no hacerlo?

—Nosotros somos de clase trabajadora, pero si vosotros dos podéis ser tan felices como Marie y yo, eso es todo lo que importa... —Bert trató de auspiciar el mejor de los futuros. Los padres se miraron, él cogió a Marie de la mano y le lanzó un beso al aire.

—Mua —la madre también le lanzó otro a su esposo.

—Y ¿ella será una princesa? —preguntó el padre.

—Así es como funciona esto —respondió Daniel.

—¿En qué nos convertiría eso?

—No lo sé, depende de mis padres.

Ellos se rieron. Aquella velada resultó como una brisa de aire fresco para todos. Y después de la cena los jóvenes enamorados salieron al jardín exterior de la casa y se sentaron en el columpio, uno al lado del otro, para hablar con más intimidad.

—No se puede ser más felices que tus padres después de treinta y cinco años —dijo Daniel mirándola, sentado frente a ella.

—Sí. Un trabajador de la construcción y una camarera... Creo que no están exactamente en la liga de tus padres.

—Quítale las coronas, quítale los sirvientes y los carruajes y simplemente descubrirás a las personas por ti misma mañana.

—Espero que tus padres piensen que soy lo suficientemente buena para su hijo.

—Si algo es lo suficientemente bueno para mí... lo será porque es para ti también.

—No, no les digas que dije eso.

Él se rio y la miró a los ojos y puso una mueca burlona que parecía dirigida a sí mismo.

—Ahora todavía no has respondido a mi pregunta —él entonces le objetó impaciente.

En realidad, quería saber si ella volvería con él a Suecia a la mañana siguiente.

—¿Tengo que hacerlo? Oh, mi respuesta es sí, sí, sí, sí, sí...

Él sonrió. Dio un giro con su mano y ella quedó enlazada con él junto al columpio, y la rescató con sus brazos, se acercó a su rostro y la besó con tal ímpetu que ella quedó sin palabras, respondiendo también a la misma pasión que él. Luego él la abrazó como nunca, y ella sintió como si acabara de recibir un inesperado abrazo, uno cálido, que se extendió como un agradable cosquilleo por su espalda.



Capítulo 3

Lo más probable era que fueran las cosas en nuestra mente, las cosas que nos decíamos a nosotros mismos sobre nuestras vidas, sobre las historias que nos contábamos sobre las relaciones en las que estábamos, así como las dificultades del pasado, y ahora más que nunca así lo era para Sara, pues podía ver que el pasado era el mayor obstáculo que teníamos para vivir una vida feliz, para estar enamorados de lo que éramos con nuestra relación en el mundo exterior.

Según se acercaban al palacio de Drottningholm, el paisaje de los alrededores se volvía más vivo y alegre, y Sara pudo sentir que la oscuridad de su mente empezaba a disiparse.

Luego aspiró tanto como le fue posible el aire puro, ya que eso le producía una sensación de una paz tan necesaria. Hubiera podido caminar por esos prados verdes y navegar por ese mar que se alzaba frente a sus ojos, sin detenerse por horas, perdida en sus pensamientos, pero tras exhalar un suspiro miró a Danny y se cercioró de que era él quien la acompañaba dentro de un coche negro, y un chófer era quien los conducía hacia la casa de sus padres.

—¿Qué hago cuando lleguemos? —preguntó Sara a Daniel—. Lo digo porque necesito causar una buena impresión.

—Sólo sé tú misma, ¿no es eso lo que siempre les dices a tus alumnos?

—Sabía que tendría que encontrar mis guantes, debería haber usado guantes, los guantes son algo real, la reina Isabel siempre usa guantes, tiene sus lindas manitas enguantadas sosteniendo sus monederos.

—Sólo respira.

—Y ¿hago una reverencia? Y ¿qué hago sobre tocar? ¿Quiero decir espero a que me den la mano o se las doy yo primero? ¿Tu gente se abraza?

—Sí, se sabe que mi gente se abraza. No hay nada de qué preocuparse. Aquí, yo estoy a tu lado, ¿qué podría salir mal?

—Tengo un presentimiento terrible, quiero decir que estoy a punto de descubrirlo, ¿es eso?

—Sí, esa es la casa.

El coche se detuvo y ellos girando la mirada hacia la ventanilla observaron cómo todo el servicio de palacio los esperaba, alineados en torno a la puerta de la entrada principal. Salieron hacia el

exterior y se presentaron delante de todo el personal para agradecer la acogida de bienvenida.

—¿Qué opinas? —le preguntó Daniel viendo su cara de reacción y asombro.

—Creo que las películas de cine que he visto no me prepararon para esto.

Ella se quedó extasiada por la magnitud y la grandeza del edificio y por la solemnidad y la historia que contenía. Había grandes torreones en los laterales y ventanas con ojivas con múltiples incrustaciones y motivos arquitectónicos.

—Aquí, por favor, Sara, acércate.

Ella se puso al lado de él y saludó a un hombre que se presentó ante ella.

—Oh, Rey Carlos Gustavo, es un gran placer... —dijo ella haciendo una reverencia, pero para su sorpresa luego descubrió que se trataba del mayordomo.

—Es un honor conocerla —respondió el hombre, mientras ella seguía inclinada hacia abajo.

—Este es nuestro mayordomo principal, Jackson —le aclaró Daniel—. Ella es la señorita Sara Dimarco.

—Lo siento mucho, es sólo que se ve tan majestuoso, pero todos lo parecen aquí, ¿cómo podré distinguir al rey?

—Lo conocerás lo suficientemente pronto.

Ella sonrió y el mayordomo trató de ser cortés con ella y responder al príncipe Daniel.

—No todos los días a uno le confunden con el rey, señorita, me siento halagado, bienvenido a casa, príncipe Daniel, y felicidades por la publicación de su libro.

—Oh, claro, sí, es eso.

—¿Tiene ya un segundo libro en su mente?

—Creo que podría ser una historia de amor o algo de narrativa ficción... Uh, ¿dónde están mis padres?

—Están en la cámara de invitados.

—Creo que tomaré mis maletas —dijo Sara volviéndose hacia el coche.

—No te preocupes ahora por eso, ellos lo harán.

—Entonces supongo que eso no debería sorprenderme, tener algo de acompañamiento, me

refiero.

—Vamos a conocer a mis padres.

Ella se despidió diciendo adiós con la mano al resto del personal. Había cocineros, damas de compañía y sirvientes que se habían congregado para esperarlos y darles la bienvenida. Subieron por unas grandes escaleras y los acompañó el mayordomo, Jackson, que les abría paso mientras se acercaban.

—¿Es todo como imaginaste?

—No —contestó Sara que permanecía boquiabierta ante el lujo de las instalaciones.

Todo tenía un estilo clásico, el mobiliario y la decoración, pero, a la vez, todo reunía un orden y una modernidad en el modo en que las tecnologías se habían introducido también en el conjunto. Fueron recorriendo los corredores y pasaron por varias habitaciones. El mayordomo los anunció al llegar ante los reyes, que los esperaban.

—Sus altezas reales, la señorita Sara y el príncipe Daniel.

—Daniel, te hemos extrañado mucho —la madre lo besó en la mejilla y lo cogió suavemente por los hombros.

—Regresaste, hijo —lo saludó también el padre—, ¿has tenido una buena estadía?

Ellos se dieron la mano.

—Madre, padre, ésta es Sara, la mujer que me robó el corazón.

—Oh, sí, recientemente nos enteramos de eso —la madre le prestó atención y miró hacia ella y la saludó pronunciando su nombre—. Señorita Sara Dimarco.

Ella hizo una reverencia y dijo:

—Es un placer su alteza.

—Su majestad —la corrigió en el tratamiento Daniel.

—Sus Majestades, lo sabía, lo siento, sólo estoy un poco nerviosa, ¿está bien ahora?

—Eso es correcto.

—Reina Silvia —ella la nombró por su nombre.

Entonces la reina le extendió la mano para saludar a Sara y ésta le correspondió.

—Unos guantes, ¿no? Lo siento, debería haber usado guantes. Los tengo. Sí, solo que...

—Está bien así —contestó la reina.

—¿Está mi hermana en casa?

—Fiona acaba de llegar de Viena, se unirá a nosotros en la cena, celebraremos tu libro, ya era hora de que tuviéramos un autor en la familia —le dijo la madre con expresión complacida.

—Confiamos en que hayáis tenido un vuelo placentero —el padre se sumó a los buenos deseos de celebrar el momento.

—Oh, no se parece en nada al Airbus 515, oh, eso es un tren, no se parece en nada a los vuelos Airbus 380, quiero decir —dijo Sara en un instante de duda—, digamos que va a ser muy difícil volver a la economía.

La madre miró al hijo, pero sonrió al final.

—Um, bueno, deberíamos ir a abrir las maletas y acomodarnos, ¿no crees? —Daniel dijo a Sara.

—Sí, está bien, ha sido un día, han sido un par de días agotadores...

—Continuaremos con esto en la cena —sugirió él a su madre—. Será en una hora. ¿Te dará tiempo, Sara, de cambiarte?

—¿Una hora? ¿Cambiarne? Oh, sí.

—Bien, nos vemos en la cena —comentó el hijo a sus padres.

Los padres comentaron luego entre ellos el encuentro.

—La chica parecía lo suficientemente dulce —dijo el rey con semblante inmutable.

—Dulce, sí, ¿pero en qué mundo él se cree que está y por qué está haciendo esto?

Los jóvenes enamorados también opinaron entre ellos, mientras iban subiendo unas escaleras hacia las habitaciones interiores.

—Puedes decirme que te parecieron tan tercos ahora, sí, me puedes decir lo que quieras —Daniel trató de ser un poco menos inflexible—. Estuviste maravillosa. La charla fue maravillosa.

—¿Maravillosa, dos veces? —respondió ella analizándole—. Eso puede ser bueno, es sólo que quería que tus padres estuvieran tan emocionados por conocerme como yo por ellos.

—Sara, para ellos, eso fue emoción.

Ella se rio.

—De todos modos, he arreglado que te quedes en la suite Wellington.

—¿Como la carne de res?

—Se inauguró después de Waterloo con Napoleón en 1815.

Ella entró en su habitación y se sorprendió del amplio espacio habitable y la cama tenía un bellissimo dosel. Había retratos de hombres ilustres y la decoración era un tanto escasa, pero la habitación era luminosa.

—Nunca debes descartar que las cosas en palacio van despacio y, a veces, son agotadoras las reglas.

—No, lo entiendo. No, está bien, realmente está bien, puede ser un poco de desánimo, oh, pero con esta cama puedo morir feliz aquí.

—No hasta después de la cena, por favor, mamá es muy exigente con la puntualidad.

Se presentó en ese momento una dama de compañía con la intención de ayudar a Sara a organizar su ropa y su maleta.

—Oh, su alteza, bienvenidos de nuevo —dijo ella—. Estaba arreglando lo de la señorita Dimarco.

—Ah, espléndido.

—¿Arreglar mis cosas? —preguntó Sara.

—Lo siento, esta es Willa, ella será tu dama en el tiempo que estés aquí —Daniel trató de excusarse por no presentársela a su tiempo debido.

—Oh, no creo que lo necesite, quiero decir que estaré bien por mi cuenta.

—¿No vamos a dejar que ella te mime?

En ese momento, llegó la hermana de Daniel, Fiona, que entró en la habitación, ya que estaba la puerta abierta.

—Fiona.

El hermano la besó en la mejilla, a la par que Fiona lo tomó contra su pecho con cariño maternal.

—Sara Dimarco, esta es mi hermana, Fiona.

—Danny, Daniel, me ha hablado mucho de ti, pero no tenía idea de que serías tan majestuosa —

dijo Sara.

—Qué amable de tu parte decir eso —ella le dio un beso en la mejilla—, y ¿cuánto tiempo estarás con nosotros?

—Depende un poco de tus padres.

Ahora se excusó Daniel.

—Bueno, os dejaré a las dos para conversar, debería ir a prepararme, pero, uh, os veré esta noche en el comedor principal de la cena dentro de una hora en punto.

—Comedor principal en una hora en punto —repitió Sara.

—Willa, te has dejado uno de tus vestidos colgado —Fiona le dijo a la dama al ver un vestido amarillo en el probador, que no tenía demasiada elegancia.

—Oh, no, ese vestido es mío —dijo Sara señalando al vestido.

—Es un error mío —dijo Willa—, me tomé la libertad de elegir algo de la señorita Dimarco, de su guardarropa, para esta noche. Y lo seleccioné para ella.

—¿Elegiste lo que me iba a poner? Sinceramente no es necesario.

—Es una tontería, es uno de sus deberes —Fiona trató de advertirle.

—Bueno, te puedo ayudar a cambiarte si quieres —Willa le ofreció sus servicios correctamente.

—Sabes que es tan agradable toda esta atención, pero prefiero hacer las cosas por mi cuenta, si está bien así.

—Por supuesto, señorita.

—Willa, nos encargaremos nosotras de las cosas por este instante, así que puedes tomarte el resto de la tarde libre —Fiona ofreció facilitar el trabajo a ella.

Willa hizo una reverencia para despedirse y Sara correspondió del mismo modo, bajando la cabeza. Pero Fiona, al instante, la miró y le advirtió que no lo hiciera, negándole con la cabeza. No era necesario hacer reverencias al servicio.

—Pobre, querida, debes estar exhausta... —dijo ella entonces mirando a Sara.

—No tienes idea.

Ambas se sentaron en el borde de la cama debajo de su dosel.

—Bueno, tienes tiempo para una siesta antes de la cena. Si te gusta esta cama, es especialmente cómoda y nos vemos luego.

—Eres tan considerada que he tenido la sensación de que nos llevaríamos bien.

Sara le tocó el brazo con su mano para mostrarle confianza, pero Fiona se quedó mirando la mano de ella puesta en su brazo y se sorprendió sin darle más importancia.

No respondió a la ingenua caricia, pero observó el rostro pequeño de Sara con ternura. Sus rasgos le resultaban similares a los de su familia. El mismo rostro ovalado, la perfilada nariz y esos ojos tan azules, que no podían menos que conmover a quien los apreciara. Sara intentó dormir una corta siesta y se reconfortó poniéndose encima de la cama, con las ropas que ya tenía, y tapándose con algunas almohadas, y se quedó dormida casi al momento.

Sonó el reloj en el comedor principal y ya eran las ocho y cinco. Todos estaban en la mesa, excepto Sara que no se había presentado. Después de esperar esos cinco minutos de cortesía, la reina mandó al servicio que empezara a servir la cena. Llegó el jefe de cocina con una gran bandeja de plata seguido de otros sirvientes.

—Ella puede haberse perdido —comentó Daniel a sus padres.

—Con un asistente a cada paso, podía encontrar el camino al comedor —le cercioró Fiona.

—Tenemos que enfrentar los hechos, Daniel —la madre le insinuó.

—Todo lo que te pido es que le des una oportunidad, ella es inteligente, es divertida...

—Difícilmente esa es la primera cualidad requerida en una princesa —le advirtió su madre—. Recuerda tu etapa y nuestra historia y qué te hace pensar que podemos pasar todo por alto.

La madre entonces levantó la mano y dio paso a los camareros para que empezara la cena.



Capítulo 4

Nuestra relación con el mundo exterior tenía que ver con nuestras proyecciones y la mayoría de las proyecciones de Sara, al menos de las que se interponían en su camino, algunas eran esas buenas proyecciones de cómo, cuando mirabas a alguien, era tan hermoso y era tan fácil amarlo y era tan fácil simplemente abrir tu corazón a él, pero luego estaban esas proyecciones que llevábamos también dentro que eran un desafío. Estas provenían de las personas que nos provocaban, las personas que parecían tener más autoridad o tener más poder sobre nosotros o sobre las cosas en nuestra vida, y que parecían ser como bloques.

Sara se quedó dormida y a la mañana siguiente se despertó con la claridad muy temprano. Willa llegó pronto con una bandeja con el servicio de té y con la tetera. Todavía Sara tenía puestas las ropas del día anterior. Colapsó en la cama sólo al tenderse en ella y superarle el cansancio por el largo viaje.

—Lamento despertarte, pero pensé que podrías apreciar un poco de té para comenzar el día.

—¿Qué hora es? —preguntó Sara.

—Las seis y media.

—Oh, dios mío. No puedo creer que me haya dormido durante la cena. Danny debe haberse quedado humillado. ¿Ha estado preguntando por mí?

—Te envió esto —Willa le entregó una tarjeta postal de color blanco con algo escrito para ella. “Dulces sueños. Eso espero. Besos. D.”

—Es tan dulce, incluso después de que lo dejé plantado. Tengo que arreglar esto. ¿Ya se ha levantado?

—No, suele levantarse algo más tarde.

—Está bien. Y Willa, mientras aprecio el té, ¿sería posible para ti encontrar algo de café?

—¿Café americano? Alguien en la cocina debe saber cómo hacerlo.

—¿Podrías traerme un poco? Te amaría para siempre.

Willa se quedó algo circunspecta con esa expresión amorosa.

—Eso es sólo una expresión americana. Significa que te estaría eternamente agradecida.

Una vez Willa se marchó con las nuevas instrucciones, Sara se puso su ropa de deporte y se fue a hacer jogging por los jardines de palacio. Por el camino se encontró con algunos jardineros y agricultores que trabajaban la tierra.

—Buenos días —ella los saludó. Luego siguió con su carrera alrededor del palacio.

Había cintas y banderas que lo engalanaban y embellecían. Cuando pasó por la puerta de entrada al recinto cruzó a través de dos casetas, donde estaba la vigilancia real y había dos guardias con sombreros muy altos de pelo negro. Ella observó cómo estaban muy quietos sosteniendo una ballesta. Pero uno de los guardias reaccionó ante su presencia y al parecerle que ella podía estar perdida, o la extrañeza de la situación en que ella circulaba a pie y sola, le preguntó alzando la voz, pero sin moverse de su sitio:

—¿Todo bien, señorita?

—Sí. Buenos días. Sigo aquí, para arriba.

Cuando Sara llegó a su habitación se encontró con una bandeja con el café servido para ella.

—Oh, dios mío. Lo bebió en sorbos y le pareció delicioso.

Después miró a uno de los retratos de unos marqueses que había en la pared y al ver su cara enjuta y de pocos amigos le imprecó con un arrebato:

—Oh, ahora sé, tú debes beber té.

Luego salió de su habitación ya arreglada para la ocasión del nuevo día y salió andando ella sola por los corredores y las habitaciones con la intención de bajar hacia el comedor, pero perdió la orientación por un momento.

—Oh, lo siento.

Cuando se dio cuenta, se había colado en la gran sala de la cocina y se chocó con algunos de los cocineros que llevaban bandejas y pasaban.

—Sólo busco el comedor —le dijo a alguien que llevaba un gorro de chef.

—¿Quién es usted?

—Soy Sara Dimarco, soy la invitada.

—Oh, debes ser una invitada especial que quiere contactar con el chef...

—Esta es la cocina de mis sueños. Lo es... La gente come demasiado en estos días, pero es muy

fácil preparar un pastel de carne de pavo... ¿Cuáles son tus platos favoritos? Esa es una de mis comidas donde me siento más cómoda.

Ella probó una tostada de pan que había dispuesta en una de las bandejas del servicio. La cogió sin preguntar, pues parecía que le había cogido confianza al cocinero chef, que la había mirado con benevolencia.

—¿Te gustó este pan con mermelada? —le preguntó el chef.

—Estaba delicioso. Lo siento. ¿Estoy en algún lugar donde no debo estar?

—No suelen venir a visitarnos...

—¿El rey y la reina nunca aparecen?

—Por supuesto que no, pero si hay algo que podamos hacer por usted durante su visita, sería un placer.

—Bueno, me gustaría hablar contigo sobre tu café en algún momento, pero si pudieras mostrarme dónde está el desayuno.

—El comedor está a la derecha en la parte superior, subiendo por las escaleras, y luego a la izquierda, al final del pasillo.

—Creo que entendí eso, muchas gracias, fue muy amable, fue un placer conocerlos a todos.

Ella se despidió y el chef se puso a trabajar con sus empleados y tocó las palmas para poner orden en ellos.

Sara sonrió con amabilidad al llegar al comedor y ver que todos estaban ya sentados ante la mesa del desayuno. Había bandejas de fuentes con bollería dispuestas de una forma especial y todo parecía suculento y abundante.

—Estoy tan feliz de que puedas unirte a nosotros esta mañana.

Daniel la recibió complacido, al mismo tiempo que trataba de mantener el respeto hacia sus padres. Por lo que dejó que ella se sentara ante la mesa y se dispusiera libremente.

—Lamento mucho lo de anoche. Fiona sugirió que tomara una siesta y me acosté por un segundo y me quedé inconsciente —ella se excusó como pudo.

—Bueno, con todo el viaje, ¿quién podría culparte, verdad, mamá? —Daniel trató de justificarla.

—Por supuesto —dijo la madre.

—Guau —ella reaccionó ante la grandeza de manjares sobre la mesa.

Tenían varios mayordomos que los atendían.

—¿El desayuno siempre es esta gran producción? Normalmente yo sólo tomaba cereales de avena antes de que conociera a Danny, pero luego solíamos ir a ese lindo lugar al que íbamos —ella lo miró a él para obtener su aprobación.

—Uh, esa cafetería local ruidosa y amigable, es un lugar encantador.

Ella se rio con él.

—Un lugar agradable.

La madre escuchaba y sonreía, pero no entendía demasiado.

—Tenemos que ir allí un día todos juntos —sugirió Sara mirando a la familia—, pues es un lugar encantador y estoy segura de que lo disfrutaríais.

—Estoy seguro de que lo haríamos, señorita Dimarco —respondió el padre.

—Oh, por favor, llámame Sara. Señorita Dimarco suena tan formal...

—Si eso es lo que prefieres, Sara —respondió la madre.

Sara miró hacia el perro de la familia que estaba situado sin moverse en un lugar fuera de la mesa.

—Oh, tu perro se porta tan bien que no puedo creer que no esté en la mesa pidiendo sobras.

—Beily conoce su lugar —dijo Fiona—. Que no está en la mesa del comedor.

—Lo siento, Beily.

—Um, estaba pensando en llevar a Sara a Estocolmo, en esta mañana, si no hay programada otra cosa.

—Oh, no sé. Vas a inaugurar oficialmente la nueva escuela el miércoles, ¿podrías esperar a ese día? No es bueno ser visto en público sin tener a la vista un acto o algo importante. Tú lo sabes, el protocolo debe seguirse.

—¿Una nueva escuela? Me encantaría ver eso —dijo Sara.

—Estoy seguro de que Sara serías bienvenida —le dijo Daniel.

—Pero podemos organizar algo especial para ella, un recorrido por la producción de cerezas y la

fábrica de licores, o tal vez la biblioteca, tenemos algunos volúmenes raros que podrían interesarle —sugirió el padre.

—Tendremos mucho tiempo para ver cerezas y libros. Me gustaría que estuviera conmigo —pidió Daniel.

—Supongo que podemos discutirlo —dijo la madre.

—¿Qué hay de tu familia, Sara?, ¿en qué tipo de negocio están? No sé si es atrevido preguntar —terció en ese momento el padre interesándose por ella.

—No, por supuesto que no, mi padre está en la promoción de viviendas y mi madre está en la industria alimentaria.

—¿Ella hace catering? —preguntó Fiona.

—Sí. Ella atiende a nuestros clientes. Son gente genial.

—Ciertamente parece todo muy bien —dijo Daniel.

—Mientras tanto, ¿por qué no dar un paseo a caballo? —sugirió entonces el padre mirando al hijo—. No has visto los caballos desde hace un tiempo. ¿Tú montas?

—¿Te refieres a los caballos? Nunca hemos hablado de ello realmente —Sara miró a Daniel—. ¿Si yo monto? —ella se rio—. ¿Montar?

Ella se volvió a reír. La madre la miró sorprendida, pero sonrió. Fiona no dijo nada. Se limitó a observar.

Luego Sara y Daniel fueron a las caballerizas para dar un paseo a campo traviesa con los caballos.

—Tranquila, podemos esperar.

Ella se había montado sobre el caballo, pero no consiguió ponerse firme y recta, y se había tumbado sobre él.

—¿Por qué me acabas de decir que no sabías montar?

—Fue embarazoso.

Ella se resbaló del caballo.

—Tómate un momento —él la sujetó—. Toma el equilibrio ahora.

Sara se levantó sobre el caballo y sobre la montura, y se puso recta.

—Siente el aliento como tuyo, como si lo exhalaras hacia fuera. Relaja las riendas y cuando estés lista aprieta los costados del caballo contra las piernas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Eso es algo que tú tienes que hacer sola.

—Está bien.

Ella consiguió ponerse firme y respirar.

—Disfruta la carrera.

Y acto seguido se dispusieron los dos a irse montados a caballo y cruzaron por un pequeño puente y salieron al bosque de árboles que les rodeaba. Después de un tiempo de recorrido, y cuando Sara empezó a sentirse algo cansada, se bajaron de los caballos y siguieron el camino a pie con los caballos a sus lados.

—Es todo tan nuevo para mí y no es nuevo en absoluto, sino tradicional en ocasiones. El único príncipe que he visto en persona fue un tipo que vi en un coche Corvette rojo en el Madison Square Garden.

—Sólo soy Danny. Lo soy para ti, y para ti todo lo demás se arreglará solo.

—Sólo quiero impresionar a tus padres. Sabes que todo suena tan bien en mi cabeza, pero en el momento que sale de mi boca y voy a hablar...

—Podrías haberles dicho que tu padre trabajaba en la construcción y tu madre era camarera, no hay vergüenza en eso.

—Lo sé, lo sé, y de eso es de lo que estoy hablando, simplemente me pongo tan nerviosa. Ah, es tan bello este caballo —ella lo acarició por el torso—, ¿cómo podría haberte tenido miedo?

El caballo sacudió la cabeza y ella se rio.

—Los caballos todos te van a querer y saben hacerse a tu tiempo y a tu equilibrio.

—Eso espero.

Él la miró a los ojos sonriendo con ternura, y se acercaron hasta fundirse en un beso, sintiendo ella un suave dulzor en su estómago. Ella besó también al caballo en un lado del rostro y luego ellos se besaron otra vez. Ella parecía que llorara de felicidad ante el bálsamo de la mirada de él y de sus

brazos enlazando su cuerpo. Los ojos extrañamente inexpresivos de él, pero compasivos, mantuvieron la mirada fija en ella, y vibraron con un mismo sentimiento de éxtasis, con una perturbación y una sensación que se apoderó de ellos de una forma imprevista, pero totalmente agradable. Daniel se inclinó, sin soltarla, para besar su cuello y provocarle un delicioso cosquilleo al final.



Capítulo 5

Por extraño que pareciera, aquellos que eran obstáculos para nuestros deseos también podían ser la puerta de entrada a lo que queríamos. Las mismas personas o las mismas relaciones que teníamos eran la puerta de entrada a lo que queríamos y bien Sara podía tener tanto de ese doble vínculo en este momento en el que lo que deseaba y lo que necesitaba o lo que quería y lo que se interponía en el camino eran las mismas cosas y las mismas relaciones y las mismas personas o el mismo lugar. Todos podían coexistir dentro de la misma relación en que ella estaba poniendo sus deseos y sus miedos.

A la mañana siguiente, Sara se levantó y se fue a hacer jogging y saludó primero a los jardineros.

—Buenos días.

—Hola —le respondieron.

Bebió agua de su botella y continuó con su caminata a buena marcha. Luego se paró con un jardinero al que había cogido simpatía, tal vez por su apariencia llana y apacible con sus barbas rubias.

—Buenos días, Randall.

—Buenos días, hoy mis mellizos también se levantaron temprano, pues es su cumpleaños...

—Oh, ¿tienes mellizos?

—Sí, con siete años.

—Oh, es muy tierno. Yo tengo dos docenas por mi cuenta. Soy una maestra.

—Ah, muy bien.

—Te preocupas tanto por las flores. Oh, estas son hermosas, sabes que mi habitación está desesperada por un poco de color, ¿crees que a alguien le importaría...?

—Para una invitada del propio príncipe, por favor.

Ella sonrió.

Cuando regresó a su habitación vio que le habían llevado un ramo de rosas amarillas, puestas en un bonito jarrón de cerámica. Luego ella se vistió. Y a continuación se dirigió a la cocina del chef, pues quería hablarle del café y del maravilloso desayuno con tostadas de mermelada. No obstante, una vez allí no pudo resistirse a mirar la bandeja con las magdalenas grandes decoradas con nueces.

Cogió una sin pedir permiso, pues vio que el chef ponía una mirada condescendiente, y luego ella muy seria empezó a hablar con él.

—¿Tú sabes quién podría apreciar estas magdalenas?

Ella sin pensarlo cogió la cesta de mimbre donde estaban puestas y se dirigió a llevárselas a los dos guardias que estaban en el recinto del palacio y, aunque parecía que no podían hablar, sí lo hicieron con ella.

—¿Eso es para mí?

—Sí, procedente de la cocina del chef.

Por otro lado, en un momento de la mañana y antes del desayuno, Fiona se encontró con su hermano Daniel, y pudo hablar con él esta vez seriamente.

—No puedo imaginar lo que está pasando por tu cabeza —le dijo ella poniendo un tono grave—. Sabes tan bien como yo que esto nunca va a funcionar. ¿La vas a sorprender si no está ya sorprendida?

—No lo creo.

—Me temo que hay más de un obstáculo que tendrá que atravesar todavía. ¿No se lo has dicho?

—¿Qué es lo que tengo que decirle?

—No es el hecho ya de que ella sea plebeya, esa tradición se superó hace muchos años, pero está el hecho de que para casarse contigo ella tiene que aprender la lengua sueca, esa es la tradición y es igual para todos los que aspiran a la nacionalidad sueca, no hay diferencias entre grandes y plebeyos. Tendría que aprender nuestro idioma, pero veo que ella no ha hecho nada por saber ni una palabra y nuestra lengua no es fácil de aprender. No podrá casarse a menos que pase el examen oficial y tú lo sabes. ¿Por qué crees que mamá no quiere que se os vea en público? Los reporteros tendrían campo hoy para planear volar años de nuestra tradición y para mostrarse frívolos.

—Es un mundo nuevo, Fiona, todo es posible

—En América tal vez, pero ya no estás en Nueva Jersey.

—Aprenderá el sueco, estoy seguro, al menos hará lo posible por pasar el examen.

—No es fácil y tú lo sabes, no se trata de sueco para principiantes, debe hablarlo de forma fluida.

—Lo hará, estoy seguro.

—Sabes que yo estaba en la línea de sucesión antes que tú y que te cedí a ti el primer puesto, por tu inteligencia y tu vocación para gobernar, pero había unas condiciones en ese contrato y era, sobre todo, no romper las reglas, y hacer un casamiento con la persona que cumpliera con nuestras tradiciones y requisitos, de lo contrario, yo sería de nuevo quien ostentase la primera posición en la línea de sucesión. Tú sabes que es así. Tal vez antes yo no estaba interesada, estuve viajando, pero ahora me siento más en la posición de tomar las riendas del reino. Incluso puedo pensar en algunos pretendientes más convenientes que hay para mí y que me están pretendiendo desde hace un tiempo. Lo cierto es que te estás poniendo en el borde de un precipicio y yo te aviso, realmente no quiero verte ahí.

—No hace falta que me pongas sobre aviso. Todo será como tenga que ser. Y sí, sé lo que hago.

Entonces Daniel se retiró. En ese momento, más allá de la irritación que le embargaba, sintió una extraña sensación de inquietud derivada del nerviosismo provocado por las palabras de su hermana. ¿Qué era exactamente lo que ella pretendía?



Capítulo 6

¿Sara la estaban llamando a decir qué había en su camino, qué había en el camino de su corazón, qué había en el camino, si sabía si quería amor, si quería una relación, si lo quería para construir una visión que tenía para el futuro o si lo quería para dar a luz a algo nuevo, algo que ya estaba en el camino, que estaba en el camino de su corazón, que podría despejar el obstáculo que la estaba bloqueando, la limitación y podría con sólo decir simplemente no. Simplemente no tenía que desperdiciar más energía física y emocional.

Pero Sara estaba tan abstraída en sus propios pensamientos, mientras la madre la observaba y hablaba con ella en videoconferencia, que pronto ella tuvo que repetirle la misma pregunta, pero su madre esbozó una sonrisa de comprensión. En un breve momento, ella estaría a punto de reunirse con Daniel.

—Mamá, deberías ver este lugar, es como un palacio.

—Bueno, por supuesto que es un palacio.

La madre estaba jugando al solitario en su casa con la puerta abierta hacia el jardín, ya que acompañaba el buen tiempo.

—Sí, es un palacio.

—¿Cómo está Danny?

—Está bien, excepto que mi novio es el heredero del trono y cualquiera que haya pensado que es fácil decirlo, lo cierto es que es mucha responsabilidad.

—¿Todos son amables contigo?

—Oh, sí, ya somos como una familia inseparable, pero, mamá, necesito vestirme para la cena, hay una mesa llena de realeza esta noche, duques, condes, asistentes de otras partes. Habrá un conde a mi lado.

—¿Un conde a tu lado? Bueno, pero no dejes que se te suba a la cabeza, quiero reconocerte cuando llegues a casa.

—No seas tonta, mamá, ahora tengo que dejarte, tengo que averiguar qué me voy a poner esta noche, dale un beso a papá de mi parte, los quiero a los dos.

—Yo también te quiero.

Luego ella miró a Beily, el perro, que se había venido con ella hasta su habitación. Ambos habían hecho buenas migas y él se había subido en la gran cama, donde ella también se había sentado con las piernas cruzadas para hablar con su madre.

—Oh, Beily, ¿qué debo llevar esta noche?

Ella lo acarició.

—¿Qué debería ponerme para vestir? ¿Cuál te gusta más?

Ahora entró Willa con una colección de vestidos en un perchero.

—¿Qué es todo esto?

—En caso de que quisieras ampliar un poco tu guardarropa, el comprador real te envió estos.

—¿Tengo un comprador real?

—Sí.

—Oh, oh, eso es demasiado generoso. Estaré bien con mi propia ropa.

—Si estás segura de ello, señorita.

—Pensándolo bien...

—¿Sí?

—Si alguien se hubo tomado la molestia, ¿no sería descortés si no lo usara?

—Esperaba que pudieras decir eso.

—Oh, se ve bonito.

Ella escogió un vestido de satén burdeos precioso.

Esa noche, en la cena, todos se reunieron alrededor de la gran mesa del comedor principal.

—Daniel, parece que América te ha sentado bien —le dijo una joven duquesa.

—Gracias, Alexandra. Se lo debo a Sara.

—Sí, estamos muy contentos de que Sara nos visite por un corto tiempo —dijo Fiona.

—Hermoso vestido —alguien comentó el vestido de Sara.

—Sí, es en agradecimiento al comprador real que se fue a la ciudad, pero todo está prestado. Quiero decir que, si le cobran por ello y, si es así, prometo devolverle el dinero.

Ahora el mayordomo se acercó y sirvió vino a Sara.

—Ah, aquí viene el próximo plato justo a tiempo —le advirtió Daniel a Sara que se encontraba sentado a su lado.

Ella cogió los cubiertos, pero él le dijo que esperase a que todos estuvieran servidos.

—Todavía esperamos con ansias la celebración de la Gala de Primavera la próxima semana —dijo una de las duquesas mirando a su majestad, la reina.

—Es la celebración anual de la temporada. Lo disfrutarás. Estoy seguro de que mamá tendrá la oportunidad de mostrar su gran premio con los narcisos —aclaró Daniel mirando a Sara con una sonrisa en los ojos.

—Hablando de eso, escuché que alguien se abrió paso por el jardín esta mañana —dijo de repente la reina.

—Oh, las flores eran hermosas, sólo rogaban por que las recogieran, ¿no está bien?

—Mi esposa es notoriamente particular acerca de su jardín —dijo el rey con un semblante imparcial.

—Oh, lo siento mucho, no tenía idea. Te prometo que no volverá a suceder. Por favor, no te enojés con Randall.

—¿El jardinero? —preguntó la reina.

—Sí, ¿sabías que esta semana ha sido el cumpleaños de sus mellizos?

Los reyes se miraron, pero no dijeron nada. Sara se dio cuenta de que había hablado demasiado, e intentó cambiar el tema de conversación para decir algo favorable.

—Este salmón está delicioso, su majestad.

—El crédito va enteramente a nuestra cocina —dijo el rey.

—Ah, la cocina es increíble, todo mi apartamento podría caber sólo en el departamento de pastelería.

—¿Has estado en la cocina? —preguntó la reina.

Ella respondió con la cabeza afirmativamente.

—Uno tiene que preguntarse si hay alguna cosa que aún no hayas conocido —murmuró la reina entre dientes.

Más tarde, ya de noche, Sara y Daniel salieron del palacio para dar un paseo por el gran patio central monumental y tener un momento de intimidad para hablar entre ellos.

—Danny, estoy desesperada. Dije todo mal e hice esas cosas que parecían que no estaban bien.

—La verdad es que hiciste casi una conferencia y no te arrepientas de nada. Y a todo el personal parece que le has caído en simpatía, lo digo en serio.

Ellos se rieron y luego se sentaron en un banco exterior junto a una farola que los iluminaba.

—Si no puedo pasar una comida, ¿cómo podré convencerlos de que puedo cambiar lo suficiente para encajar? —le preguntó Sara a Daniel tras mirarle de reojo.

—Pues no te vamos a cambiar a ti, los vamos a cambiar a ellos. Tienes todo lo necesario para ser una princesa.

—Eso espero. Es sólo que es tanto, es algo tan grande...

Ahora Sara miró hacia el cielo suspirando.

—Hasta tu cielo se ve más grande aquí. Mira todas las estrellas.

—¿Qué deseaste?

—No puedo decírtelo, pues si lo hago nunca se hará realidad.

—Eso es sólo en los cumpleaños, pero cuando le pides un deseo a una estrella, tienes que decirlo.

—No.

—No me mires, yo no hice las reglas.

—Bueno, en ese caso, desearía poder pasar la semana sin hacer el ridículo —dijo ella con ingenuidad.

—O si no, tenemos un calabozo... —él insinuó con un tono burlón.

Ella se rio y él la besó como un enamorado. Luego él abrió los brazos y la cogió por la cintura abrazándola. Y cuando ella respondió, pasando las manos tras su cuello, entregándose al abrazo con timidez, simplemente dejó de pensar. Luego él rodeó su cintura, subiendo una mano hasta llegar a su cuello, en el que se enredaron sus largos cabellos muy lacios, que se deslizaron entre sus dedos.



Capítulo 7

Sara se estaba diciendo que ya no quería andar con el corazón cerrado, ya no quería andar limitando las posibilidades de su vida y del amor que estaba dentro de ella y no le salía, que no alcanzaba a aquellos a quienes quería besar y tocar y abrazar, por no poder encontrarse con las partes de ella que querían crear algo más, algo nuevo, algo grande, algo hermoso en su vida, pero ella no, no quería perderse eso, no quería perderse eso, porque su corazón estaba muy apretado y era como una pequeña bola temiendo el pasado, temiendo el futuro y no quieres perderse eso, la posibilidad de ser ahora, porque su poder estaba ahora descansando en sus manos.

Al día siguiente tuvo lugar el acto público de la inauguración de la escuela por el príncipe.

La familia real entera iba subida en una carroza blanca descubierta y se iba acercando al sitio. Con el príncipe iba también Sara, pero ella trataba de no destacar y permanecer quieta. Iban pasando por las calles y la gente se acercaba a mirar y saludarlos desde lejos. Una vez llegaron al edificio un letrado anunció que estaban en la Escuela primaria y secundaria del Príncipe Daniel Erik de Estocolmo. La familia bajó de la carroza y sólo Sara se quedó dentro.

—¿Vendrías? —le preguntó Daniel.

—Creo que no, sinceramente, me rindo, pero tengo una gran sensación. Veo que toda esa cosa principesca está bien, realmente bien.

—Está bien, vuelvo enseguida. Necesito dar un discurso y luego volveré.

—Es todo un honor.

Daniel se acercó a la puerta principal del centro escolar y se unió a su familia y, a continuación, pronunció su discurso:

—Gracias por la acogida de celebración de mi regreso a casa, verdaderamente inesperada. Estamos aquí hoy para dedicar este edificio a ser una nueva instalación educativa para servir a los niños de Estocolmo y, como representante de la familia real, por la presente declaro que esta escuela está inaugurada y abierta para servir a nuestra comunidad.

Los niños, los jóvenes y la gente reunida aplaudieron sus palabras. Sara luego bajó de la carroza y saludó a algunos niños que se acercaban con curiosidad a ver los caballos blancos. Ella intentó hablar con los niños en inglés, y se dio cuenta de que los niños entendían.

En realidad, todo el mundo hablaba el inglés como segunda lengua en Suecia, era necesario saberla, dado que su propia lengua era muy difícil de hablar y era el modo de entenderse con los

extranjeros. El inglés, por tanto, lo hablaban desde temprano los niños, ya que lo aprendían en la escuela.

—Hola, es un placer conocerte. Mi nombre es Sara. ¿Conoces al príncipe?

—Sí —respondió un niño que se acercó junto con otros más—. ¿Eres una princesa?

—No, pero tal vez algún día. Bueno, sabes que la gran noticia es que todos ustedes también pueden ser lo que quieran ser.

—Yo creo que quiero ser médico de animales y Simon quiere patinar.

—Guau, eso es muy emocionante, fue un placer conocerlos a todos y espero poder volver a verlos, adiós.

—Adiós.

Luego se acercó Daniel hasta ella.

—Estuviste genial —ella expresó su emoción.

—¿No estuvo demasiado aburrido?

—Justo lo correcto, estoy muy orgullosa de ti.

Ella lo besó en la mejilla. Y entonces las cámaras de reporteros les enfocaron para hacerles fotos.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella.

Él la sostuvo tomando sus manos y las alzó y los reporteros capturaron las imágenes directamente.

—No pasa nada.

Ellos trataron de sonreír. Los padres se acercaron también a la carroza.

El periódico local del día siguiente y los medios de Estocolmo se habían hecho ya eco de lo que ellos denominaron: “¿Un affaire real?”

El mayordomo principal les presentó a los reyes la prensa esa misma mañana.

—No es culpa de la chica, ella no sabía —el rey trató de que la reina no se turbara tanto.

La madre recogió y observó el periódico.

—¿Dónde están ahora? —preguntó ella.

—Creo que la pareja ha salido de excursión al campo —informó el mayordomo.

Sara y Daniel, esa mañana, habían salido a pasear alrededor de la costa y se sentaron en un área verde, donde entre ambos habían improvisado un picnic con algo de bollería surtida de la cocina del chef.

—Este dulce es muy pegajoso, pero a tu madre le encantaría este —le dijo el príncipe.

—Sí.

—Estas galletas tienen un sabor sospechosamente familiar —advirtió Daniel.

—Bueno, deberían. Le di al chef mi receta —respondió ella con una velada sonrisa.

—No se lo digas a mi madre que has estado en la cocina.

Ellos se rieron.

—Estabas tan en tu elemento ayer con esos niños —él trató de introducir un tema agradable de conversación que le hiciera a ella recuperar su estima ante la casa real.

—Eran adorables, ¿no? Tú estuviste demasiado tranquilo y confiado.

—Eso parecía.

—¿Pero no lo estabas? —preguntó ella con un extraño interés.

—Ese es un secreto real. Pero existe el miedo, como si sintieras que hay un cuchillo en una pecera, el miedo a que descubran que eres una persona irremediablemente ordinaria.

—¿Todos ustedes tienen ese miedo?

—Yo, mi madre, mi padre, cualquiera con un título. Lo único que nos hace especiales es la tradición.

—Parece que la tradición lo es todo para tu familia.

—Para bien o para mal.

Él acarició el cabello de ella.

—Realmente lo es. Es una forma de justificarnos, otros lo hacen pensando que vienen por designio de dioses, antiguamente era así, otros por su riqueza, otros por su meritocracia y sus masters, pero la realidad es que son años de historia lo que nos justifica, y el hecho de haber llevado

el país hacia una prosperidad, también eso es importante, el hecho de haber alcanzado unos estándares de igualdad ciudadana.

En palacio, mientras tanto, Fiona habló con su madre en el jardín, mientras tomaban el té.

—Tienes que dejárselo claro, madre, más temprano que tarde... Ha tenido relaciones antes, que quedaron en nada.

—Lo sé.

—Pero esta vez él dice que está enamorado —Fiona trató de advertirle.

—Él no está pensando.

—No, no piensa en su estado, él sabe sus deberes.

—Pero le ciega esa pasión —advirtió la madre.

—Creo que esta vez habla en serio. Y si se casa con esta chica, no puede tomar el trono —Fiona parecía que quería conducir la conversación hacia algún lado que la favoreciera.

—Y eso te haría reina a ti —dijo por fin la madre.

Fiona entonces escuchó interesada. Pero ella misma respondió inmediatamente a sus deseos:

—Eventualmente debería haber llegado a eso. Él sabe que ella no habla una palabra de sueco, y él sabe que yo le cedí mi puesto con esa condición, la misma condición que se le impone a todo ciudadano que adquiere la nacionalidad sueca, y no puede casarse mientras tanto. Y si lo hace viola el precepto.

—No, sí, en realidad, tienes razón, cariño, necesito hablarle claramente, recordarle cuál es su estado y lo que está en juego.

—Bueno, podrías hacer eso, sí, pero sabes lo testarudo que es. Y antes de que digas algo, déjame ver si hay algo que yo pueda hacer para ayudar.

Mientras tanto, Daniel y Sara continuaron celebrando su picnic, y se tendieron sobre el césped acurrucados uno contra el otro, disfrutando del paisaje singular del mar Báltico. Entonces Sara vio que recibió un mensaje de texto en su móvil.

—Oh, mi compañera, Caitlin.

—¿Qué es lo que pasa?

—Ella quiere que llame a mi madre.

Sara entonces llamó a su madre.

—Mamá.

De trasfondo se oían voces y gritos de otras personas.

—Mamá, ¿qué es ese ruido? ¿Qué está pasando?

—Un circo... en el patio delantero de la casa. Reporteros y equipos de televisión. Dicen que hay algo sobre ti y Danny ¿Qué estás haciendo allí?

—¿Qué? Estamos celebrando un picnic.

Luego salió a la puerta de la casa también el padre, mientras los reporteros hacían fotos de ellos.

—Mientras estés bien, cariño, me tengo que ir.

—Espera, mamá, no hables con nadie hasta que te devuelva la llamada.

—¿Qué es lo que pasa? —le preguntó Daniel a Sara.

—Un circo ha llegado a Nueva Jersey, parece que estamos en el centro de la noticia.

Sara vio también la foto que aparecía en la gaceta, y que le había mandado Caitlin, donde se especulaba si había un affaire real.

Por la tarde, ya en palacio, Sara se acercó al comedor principal, pero no había nadie a esa hora, todavía era pronto. Simplemente ella se acercó a la habitación contigua, que tenía un gran ventanal, en donde se podía contemplar el cielo y mirar el paisaje, y se sentó allí.

Aunque no era el comedor principal, ella pensó que sería mucho más acogedor celebrar la cena allí. En ese momento, llegó Daniel para reunirse con ella.

—¿Están tus padres ofendidamente enojados? —preguntó ella mientras se apuraba su taza de café.

—La verdad, eso es lo que imagino.

—¿Voy a ser expulsada?

—Creo que no lo harán nunca, de lo contrario se enfrentarían a una insurrección, si trataran de

mandarte a tu casa. Has creado un gran club de admiradores. Jackson me dice que la cocina ha estado alborotada por tus visitas. El jardinero ha puesto tu nombre a una rosa. Y ahora a los guardias les encantan las canastas de muffins que les traes.

—Esos pobres muchachos están ahí afuera durante horas sin nada que comer, ¿eso es tan malo?

—No, es una de las muchas razones por las que te quiero.

Él la besó en los labios, pero alguien se acercó inesperadamente. Era Fiona.

—Espero no tener que interrumpir... pero creo que podemos hacer un equipo...

—¿Cómo? —se sorprendió Sara de que ella se acercara en tono de colaboración.

—Vine a ayudar. Sé que no he sido la anfitriona más amable desde que Sara está aquí, pero todo esto es un gran ajuste. Tal vez haya una manera en que pueda ayudar a convencer a nuestros padres de que esta relación es adecuada para todos.

—Por favor —dijo Sara.

—La realeza es un negocio complicado con muchas reglas, unas escritas y otras implícitas, pero nos guste o no, Daniel y yo tenemos que vivir con ellas, lo que significa impresionar a nuestros padres y a nuestra familia, tratando también de cumplirlas.

—Pero ¿cómo se supone que debo seguir las reglas, si ni siquiera sé cuáles son?

—No puedes, pero tengo una poderosa intuición...



Capítulo 8

Todo el poder estaba descansando ahora en las manos de alguien a quien no le importaba quién era Sara, no la conocía, como ella no conocía de gobiernos o instituciones o grandes estructuras de poder, pero ella no quería dar su poder a eso, sino que quería tomar su tierno, hermoso corazón amoroso, su gran hermoso seno de poder y alimento y placer y cuidado y quería liberar eso, quería liberar eso, porque eso era lo que la vida exigía de ella en ese momento, quería liberar eso, porque eso era lo que se necesitaba ella para poder crear su próxima relación, la próxima ola de su vida, el siguiente lugar al que iba a ir por su bien y al que iba a ir siendo tan desconocido para ella, tan desconocido para todos, porque nadie quería estar donde habíamos estado antes, nadie quería volver al pasado, al mismo patrón y la misma vida otra vez.

Al día siguiente, Fiona y Sara se volvieron a reunir en la habitación de ésta, y también estaba presente su dama de compañía, Willa.

—Necesitamos guardar tus cosas, mientras estés aquí y seleccionar opciones más adecuadas —le dijo Fiona.

—Lo que sea más apropiado.

Sara iba apuntando en una libreta las cosas que Fiona le decía.

—Nada demasiado llamativo, ni escotado, nada de bolsos grandes, nada de bolsas de asas, la reina las odia. No debe haber mucho esmalte de uñas rojo, como te he dicho.

—¿Estás bromeando?

—Sólo tonos naturales.

—Y ¿si hablamos del lápiz labial...?

—Sí, pero nunca brillante, eso es un gran no-no...

—Todavía estoy escribiendo...

—Y si tienes que cruzar las piernas pon la una cerca del tobillo de la otra. Uno nunca debe parecer menos que feliz, alegre a toda costa y nunca quejarse de no sentirse bien.

Luego fueron bajando unas escaleras hacia el exterior.

—Y al estar con alguien en público especialmente.

Fiona le preparó un coche oficial y encargó al mayordomo de que le enseñara cómo salir del coche en un acto público. El mayordomo le dio instrucciones para poder mostrar su elegancia y dignidad.

—No, no, al salir de un vehículo es importante que las rodillas estén juntas.

Ella lo intentó otra vez.

—Todavía no, tienes que girar como un tallo.

—Ah, muy bien.

Ella ahora se colocó bien para salir del coche. Y se plantó con las piernas juntas.

—Perfecto.

Luego se reunió de nuevo con Daniel en el exterior de la casa para comentar lo que había aprendido.

—Y tienen lecciones para todo y todo lo que he aprendido es a salir del coche.

Estaba tan decaída que al avanzar en un instante se tropezó con una piedra y casi se resbaló, por lo que Daniel tuvo que sostenerla para rescatarla.

En ese día, justamente había un acto público, y Daniel debía inaugurar un monumento. Pero, en ese acto, Sara no asistió. Y el príncipe sólo tenía que dejar deslizar una cinta, que sostenía una cortinilla de seda, y mostrar una placa conmemorativa donde se leía una dedicatoria: “Al pueblo de Suecia”.

Sara siguió todo ese día reunida con Fiona para recibir más instrucciones.

—Cuando tienes un evento no puedes tocar a nadie por regla general. Y la conversación no dura más de dos minutos: hola, gracias y al siguiente.

—Es como una cadena de montaje.

—Si alguien te ofrece un regalo, por extraño que sea, debes aceptarlo amablemente. Si la reina recibe un collar de una niña, ella tiene que expresar que le parece encantador.

Hicieron una pausa en ese capítulo, pero luego empezaron con otro:

—Restricciones: Siempre permite a Daniel caminar delante de ti, no quieras parecer que lo estás conduciendo. Hablaremos de eso más veces. No compartas consejos de belleza o consejos de dieta o

consejos de fitness...

Sara siguió escribiendo en su libreta de notas.

—¿Qué tienes en contra del fitness? —preguntó ella que no entendía tantas restricciones.

—Hace que uno parezca superficial. Todo se reduce a no sobresalir. Eso es todo.

—Sí, por favor, dime que eso es todo.

—Es el comienzo y suficiente por ahora. Hay un elemento más y es que siempre debes mirar a Daniel con adoración.

—Está bien.

Ella suspiró en ese momento con resignación.

Por la tarde Sara se reunió con su dama de compañía en su habitación.

—Simplemente todo es inútil, incluso con todas estas reglas, sigo teniendo problemas —ella le contaba sus preocupaciones a Willa.

—Para nada, mira lo lejos que has llegado, recuerda cuando ni siquiera me dejabas seleccionar un atuendo para ti. Ahora te estás convirtiendo en una verdadera princesa.

En realidad, ella estaba preciosa con un vestido de satén negro que se había puesto con un cuello de pico y una cinta al cuello, y también lo adornaba una cinta a la cintura.

Sus majestades más tarde se reunieron con su hijo y con Sara también, mientras tomaban el té y hablaban de algo que les concernía a ambos.

—El mundo ha llegado a creer que tú y Sara estáis teniendo una aventura o un affaire real —habló la reina.

—Eso no es cierto —dijo Daniel.

—Nuestra visión es que exactamente no debemos tener asuntos, especialmente, no en los periódicos.

—Yo toqué sus manos y el beso no fue nada.

—No, tus padres tienen razón, Daniel. Debe perdonarme, su majestad —Sara trató de ser imparcial y cogió su taza de té.

—Tú estás de acuerdo —afirmó la madre sin esperar respuesta.

—Sin embargo, como resultado de ello, la reina y yo hemos llegado a una solución que podría poner fin a los rumores —afirmó el rey con voz solemne—. Planeamos aprovechar la ocasión de la Gala de Primavera de este fin de semana para celebrar la cálida amistad entre nuestras dos familias.

—Gracias —dijo Sara encogiéndose de hombros.

—Sabes que esto es más que una amistad —Daniel intentó afirmar también su autoridad.

—Presentaremos tu relación como una inocente amistad trasatlántica —aclaró la reina sonriendo ante el tono tirante de su hijo—. Eso explicará vuestra conexión amistosa y os permitirá a ambos aparecer en el baile sin levantar las cejas indebidamente.

—Gracias, majestad —apreció Sara con corrección.

—También hemos decidido incluir a tus padres, Sara, para completar el cuadro.

—¿Traerlos aquí? Oh, Danny, les encantará eso.

—Ya han sido contactados, y el informe está satisfecho. Su respuesta fue que aquello significaba para ellos como si hubieran ganado la lotería.

Tras la cena, ambos, los novios o amigos, o como quisieran que se les etiquetasen, salieron a un balcón de palacio, a uno de los más elegantes balcones que había en uno de los torreones y desde donde se divisaba gran parte del mar y de la ciudad, y allí pudieron tener un momento de soledad entre ellos y disfrutar de ese asueto. Estuvieron cogidos de las manos y se miraron a los ojos.

—Oh, ¿crees que esto podría funcionar para que podamos salir juntos en público?

—Bueno, es un comienzo, te dije que eventualmente ellos se avendrían a mí.

Ella le sonrió y le cogió la mano como si danzaran en un baile.

—Así que esta Gala de Primavera es realmente un gran espectáculo.

—El festival es la celebración de nuestra historia de independencia y se celebra con música y baile.

Él la cogió e hizo una pose de baile, dando unos pasos, y ella dio un giro sobre él y quedó enlazada a él, mientras la llevaba y la rescataba con sus brazos, y luego ella se agarró a su hombro para recuperar el equilibrio. Entonces él se acercó a su rostro y la besó con tal ímpetu que se quedaron así un rato abrazados, y recibiendo la plácida brisa del aire de la noche ya todo oscurecido. Y se rieron y se besaron. Él mordisqueó sus labios con delicadeza y llenó de besos su cabello. No pensaban en nada más.

Nadie todavía le había dicho a ella que debía aprender el sueco. La madre, en ese momento, estaba en el dormitorio, sobre su cama, leyendo la prensa, pero el padre se había asomado a la ventana y pudo verlos a ellos dos unidos felices, danzando y besándose.

Luego llegó a la cama y habló con la esposa:

—¿Estamos haciendo lo correcto por Daniel? ¿Tú lo crees?

—Nunca ha habido en esta familia un miembro que no hable nuestro idioma y mientras tenga algo que decir al respecto y lo sienta así, nunca lo habrá, es imposible que encajen.

—La prensa también habla de las reglas de la realeza para casarse.

—Daniel se dará cuenta por sí mismo, de que todo este asunto debe terminar de una vez por todas.

—Supongo.

—Mi hijo nos lo agradecerá en su momento.

El padre dejó que fuera la madre quien llevara las riendas de esta situación, no en vano ella se encontraba más apegada a su hijo, en el sentido de que lo entendía mejor, tenía mejor empatía y su hijo mostraba más piedad filial con ella, por ser su madre.

Muchas ideas, sin embargo, revoloteaban en la mente de Daniel, y sentía que ayudaría a aclarar su percepción, si se encontraba bien con Sara, pero hasta ahora había eludido el problema principal, y no sabía cómo albergarlo frente a ella y a sus padres.



Capítulo 9

Incluso si era sólo esa relación que Sara mantenía contigo misma, si era sólo amarse a sí misma de la forma en que lo hizo en el pasado, pero aún así ahora no parecía suficiente, sino que amarse a sí misma ahora tenía que ser un compromiso mucho más profundo con su propia alegría, para su propio alimento, su propia vulnerabilidad, su propio potencial creativo, entonces esto parecía ser el final del fin, cuando se veía finalmente avanzar, definitivamente en el camino del progreso.

Al día siguiente por la tarde, se presentó un coche oficial en la entrada del palacio de Drottningholm y todo el comité de bienvenida estuvo presente. Eran los padres de Sara, que habían llegado en un vuelo privado.

—Parece todo un sueño. Nunca me he sentido así. Aquí el aire es más fresco —dijo Marie al llegar.

El padre salió del coche y se dispuso a hacer fotos del edificio con su móvil. El mayordomo se acercó a ellos.

—Bienvenidos a Estocolmo y a la estancia real, yo soy Jackson.

—¿Sólo Jackson?

—Sí, señor.

—Es un placer, Jackson —Bert le dio la mano cordialmente.

—Yo soy Bert y mi esposa, Marie.

—Confío en que habrán tenido un buen vuelo —les dijo amablemente Jackson.

—Oh, eso fue algo más, ¿alguna vez has estado en un jet privado?

—Hombre, no puedo decir que haya estado.

—Yo tampoco hasta hace poco, y mucho menos uno real, confía en mí, te encantaría.

—Imagino que me encantaría.

En ese momento, se presentó Sara que salía hacia fuera.

—Mamá, papá...

—Hola, cariño.

Ella se acercó llevando un vestido negro sin mangas, muy elegante y con vuelo.

—Oh, chica.

Abrazó a su padre y luego a su madre.

—Ay, mami.

—Mírate, pareces una revista

—Es el look real. Tengo mi propio comprador, es un comprador real y me elige todo.

—¿Eso es un trabajo? —preguntó la madre—. ¿Está seguro el equipaje con ellos? Traje mis joyas.

—Sí, estará bien.

Ahora salió Daniel a recibirlos, ya que se había retrasado un poco.

—Hola, estoy tan contento de que estéis aquí. Sois bienvenidos.

—Gracias. Daniel los abrazó a los dos.

—Tu casa es preciosa —le dijo Bert, mientras una amplia sonrisa asomaba a su rostro—. Sí, sólo puedo imaginar una pieza de construcción como ésta en un lugar como éste. Sí, me refiero a los precios de hoy.

—Bueno, sí, bueno, fue construido hace varios cientos de años, antes de que subiera el costo de la mano de obra.

Ellos se rieron.

—Permíteme que os lleve hacia dentro, mis padres te van a conocer.

Entraron dentro del palacio y el mayordomo principal les abrió paso por los corredores, pasando por todos ellos y por las habitaciones centrales.

—¿No es esto fabuloso? ¿Alguna vez has visto algo así? —Bert no dejaba de sorprenderse al seguir el camino.

—No toques nada —profirió Marie a su marido.

—¿Cuántos baños tiene este lugar? —preguntó Bert.

—Cuarenta y tres, señor, en el último conteo.

—Imagina vivir en un lugar donde no sabes cuántos baños tienes.

Finalmente llegaron a la habitación principal donde les aguardaban los monarcas.

—Su majestad, permítanme presentarles a los señores Dimarco, por favor.

Los monarcas, que estaban sentados en un sofá, se levantaron para recibirlos.

—Bueno, majestades, ya que parece que vamos a ser familia, somos Bert y Marie, estamos bien, después de aterrizar desde Nueva Jersey hasta aquí.

Los monarcas se miraron con curiosidad, pero no dijeron nada. Se sonrieron. Bert se acercó para tenderles la mano.

—Papá —Sara le llamó entonces la atención.

Ella le paró:

—Así no es como se hacen las cosas.

—Está bien así, Señor Dimarco —es el rey quien le tendió ahora la mano.

—Qué caballeroso.

Luego es la reina quien tendió la mano a Marie.

—Es una reina afortunada, su majestad.

—Bueno, gracias, señora Dimarco, estoy bastante de acuerdo.

—Marie, por favor, y te puedo llamar...

—Mamá, es su majestad —Sara le dio también un toque de atención a su madre.

—Oh, seguro, uh.

—Y mi hermana, la princesa Fiona —Daniel se la presentó también a ellos.

—Su majestad... —dijo Marie.

—No, su alteza —la corrigió Sara al dirigirse a Fiona.

—¿Cómo se hace para mantener todo en orden? —Bert seguía aduciendo una sonrisa medio burlona a cada momento que debía gesticular una palabra.

—Estamos encantados de que hayan podido unirse a nosotros en tan poco tiempo —les dijo el rey.

—Pero no podíamos decir exactamente que no. Me refiero a que una invitación como esta no

ocurre todos los días.

—Nuestro linaje se remonta siglos atrás, que es más que el tatarabuelo de Daniel, el rey Gustavo V de Suecia. Su retrato está pintado en la sala. Se encargó de restaurar el palacio de Drottningholm y dirigió las obras de ampliación. ¿Sus familias también están en la construcción?

—Oh.

—Con nuestro hijo y heredero, Daniel será rey un día y tendrá su propio retrato allí.

—Madre, padre, seguro que a los Dimarco les gustaría ir a refrescarse —dijo Daniel tratando de aliviar el peso de la entrevista para ellos.

—Con todo este viaje sí que sería genial —dijo Bert mirando a Marie.

—Bueno, hasta esta tarde entonces.

Bert hizo una pequeña reverencia y la madre también hizo una genuflexión, y se retiraron hacia atrás, hacia las habitaciones que les habían preparado.

Por la noche, Sara se preparó en su habitación con su dama de compañía que le escogió un nuevo vestido, en este caso de colores claros y flores.

—No importa lo que te pongas, seguro que tú le das el estilo y te sienta bien —le dijo Willa.

Entonces llegaron hasta su habitación su padre y su madre que venían haciendo un rodeo por los pasillos del palacio, buscándola a ella.

—Mamá, papá, esta es Willa, la hicieron ser mi dama de compañía.

—¿Tu dama? ¡Qué lindo que eso pueda ser un buen trabajo!

—Sólo la estaba vistiendo —respondió Willa—. ¿Qué tal lucir con esta chaqueta azul?

—Eso es perfecto. Tal vez una corbata para mi padre.

—Oh, te conseguiré una. Tenéis una hija maravillosa.

—No pareces ser tú misma. ¿Cómo te sientes acerca de todo esto, sinceramente? —Su madre trató de indagar más en sus sentimientos.

—Honestamente, es todo tan surrealista y aterrador, pero quiero a Daniel y sé que una vez que obtengamos la aprobación de sus padres, todo estará bien.

—¿Aún no has obtenido eso?

—Al menos, Fiona está de nuestro lado.

La madre la abrazó y se reconfortaron. Para su fortuna, la madre sentía que su hija aún estaba cerca.

Luego al llegar al comedor, Sara se llevó la sorpresa de que el rey los esperaba con una benévola sonrisa, un poco preocupado al suponer que habían pasado la tarde sin otra mejor compañía.

Los padres de Sara no dudaron en reflejar su mejor sonrisa también, lo que juzgaron lo más apropiado para esa ocasión. Daniel, sentado a la derecha de su padre, que presidía la mesa, observó a Sara también que estaba sentada a su lado, y justo en frente de ella se sentaron sus padres. Luego volvieron su atención a la deliciosa comida que los mayordomos se encargaron de servir.

—Pastel de carne de pavo, Marie, es como cocinar en casa —le dijo Bert a su mujer.

—El chef quería sorprenderte con una de las comidas favoritas de tu hija, comida de confort, creo que la llamó —explicó el rey.

—Qué bien pensadas tenías las cartas —dijo Marie abriéndosele el apetito—. Sorprendentemente sabroso. Bert tenía miedo de que fueran caracoles o huevas de pescado.

—Tengo el estómago sensible —dijo él.

Todos se rieron.

—Deberíais probar la lasaña de Marie alguna vez —Daniel les relató a sus padres las delicias culinarias de la madre de Sara.

—Estoy feliz de compartir la receta para hornear o prepararla para ustedes. Sólo es tener un punto de dedicación a la cocina.

—Y dejar un rastro de migas de pan... y ahí estoy yo seguro de recuperarlas —Daniel intentó hacer una ironía de esa deliciosa comida.

Todos se rieron.

—Entonces, Bert, creo que eres un golfista, ¿qué tal si estás considerando una ronda para mañana? —el rey le ofreció tener un gran entretenimiento.

—¿Hay un buen campo cerca?

—Tenemos el nuestro aquí en la propiedad.

—Um, disfrutaré ese póquer.

—Lo consideraré.

—Así que nuestros hijos se casan —dijo Marie a la reina que estaba sentada a su lado y también al lado del rey.

—Cada cosa a su paso —la reina intentó moderar la cuestión.

—Recuerdo cuando Bert y yo estábamos casándonos, había muchas decisiones que tomar. ¿De dónde sacar los muebles? ¿Necesitábamos ambos tener coches? ¿Vivimos en este lugar, en el mío, o vivimos en el tuyo?

—Bueno, Daniel debería eventualmente casarse con esas decisiones ya tomadas para él.

Sara captó ahora mejor que la intención de la reina no parecía favorable a la boda y ponía obstáculos a la decisión.

—En realidad, Sara y yo no hemos tenido la oportunidad de discutir los detalles sobre la mejor manera de aplicarnos a cómo vamos a vivir —Daniel trató de quitar un poco de hielo a esa situación, reconociendo que tampoco era prioritaria.

—Creemos que Nueva Jersey ha sido una excelente opción para Sara, de todos modos, ella es maestra allí —dijo Bert.

—Oh, sí, obtén un título y ya está todo, ese es el límite —Sara trató de hacer reticencia sobre ello.

—Bueno, por esta noche, disfrutemos realmente de esto. ¿Cómo lo llamaste? —la reina trató de cambiar el tema.

—Pastel de carne de pavo.

—Ah, sí.

Más tarde, Daniel tuvo un momento, mientras se retiraban a sus habitaciones, de acompañar a Sara por los pasillos hasta la habitación de ella y comentaron lo que les había parecido la ocasión.

—Tus padres parecen desviar la cuestión —le comentó Sara a Daniel con un tono un tanto triste.

—Bueno, entonces no estabas prestando atención.

—Incluso con el permiso de tus padres, ¿cómo funcionaría esto? No puedes gobernar desde el otro lado del océano y yo quiero enseñar.

—La mía es una familia llena de siglos de tradición.

—No va a funcionar.

—Bueno, tenemos que asentar a eso, pero estoy convencido de que no tenemos que rendirnos completamente, podemos hacer nuestro propio camino, dejar un margen de maniobra.

—Me gusta esa expresión. Estas cosas son importantes para mí.

—Y eso lo hace importante también para mí. Verás que tendremos nuestro: “felices para siempre”.

Él la cogió y la enlazó por la nuca, y la besó y ella respondió al beso. Se dieron un largo beso como si la vida se le fuera en ello, temblando él y con tanta fuerza que casi se le cortara la respiración.

—Buenas noches.

Ella sonrió. Y él la dejó en la puerta de su habitación. Pero ella, una vez dentro, se quedó pensativa y entristecida por todo lo que había ocurrido.



Capítulo 10

A veces la vida le podría pedir a Sara que la redefiniera pronto, le pediría que la simplificase de tal manera que el trabajo que hacía por cualquier cosa, eso que se fuera a interponer en el camino, y que la fuese a retrasar, ya estuviera de regreso, y ella se estaba diciendo que iba a despertar por completo el corazón, que le iba a decir lo que le estorbaba, amando su vida ahora.

A la mañana siguiente, tan pronto como despuntó la luz del sol, Sara dejó la vivienda de palacio y tras saludar a los jardineros, se dirigió a las caballerizas. Allí la esperaba Fiona, mientras preparaba a uno de sus blancos caballos de pura raza para montarlo, y Sara se acercó a ella.

—¿Querías verme, Fiona?

—Sí, pensé que necesitamos replantear nuestra idea, juntas, y tener una estrategia.

—¿Tenemos una estrategia?

—Debemos hacerlo si quieres la aprobación de mis padres para casarte con mi hermano. Puedo ver cuánto te quiere Daniel, pero tus padres no han ayudado en la situación, aunque esa fue idea de mi madre y traté de detenerla.

—¿No querías que vinieran mis padres?

—Son realmente encantadores, muy reales, pero la gala de este fin de semana será crucial, cada movimiento de tu familia, cada palabra para que este matrimonio suceda, cada detalle debe ser perfecto.

—Escuché la palabra “encantador” y todo lo que tiene que ver conmigo, pero tal vez hay algo en esto para ti...

Sara empezó a sospechar que podía haber otra motivación, y ella no sabía mentir ni fingir, vagamente lo conseguía, por lo que no pudo más que ser explícita en las intenciones que ella veía.

—Sólo la felicidad de mi hermano y la tuya, por supuesto. Sara, Daniel aún no es tu prometido. Nada, nada es oficial hasta que sea oficial. Créeme cuando te digo que debes tomarte esto en serio.

—Gracias.

Sara se retiró y luego la encontró Daniel por los jardines.

—Sara.

—¿Podemos ir a alguna parte? En algún lugar normal. Ha sido un día duro.

—Probablemente no sea tan duro como el de nuestros padres, pero ellos confían en sí mismos en el campo de golf. Mi padre no está acostumbrado a las expresiones americanas.

—¿Podemos escabullirnos y ser Danny y Sara por un rato?

—¿Qué tenías en mente?

Sara se vio con la necesidad de salir y ambos se fueron a la capital, a Estocolmo, a una de las pastelerías más exquisitas y tradicionales de la ciudad. Daniel llevaba puesta una gorra para poder pasar desapercibido. Y ambos se sentaron en una de las mesas interiores que estaban más escondidas.

—Pensé que querías los dulces con las calorías bajas —Daniel trató de discutir la clase de pastel que había elegido.

—Te equivocaste.

—Tendré que descubrir otro aspecto de ti.

—Es que éste sabe mejor, es sólo eso. Puedes probarlo si quieres.

—Lo intentaré.

Se intercambiaron los platos de tarta.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella que lo vio intranquilo.

—No, es sólo que parece que no tenemos suerte. Soy un miembro de la realeza, lo sabes.

—Es un dolor de cabeza lo que está pasando con la regla de que no puedes enojarte conmigo en público. No eres el príncipe en este momento. Eres ese tipo con el que me tropecé en el parque ese día.

—Bastante literal...

—Estaba leyendo un mensaje de texto.

—Y yo te dije que enviar mensajes de texto y hacer jogging era una combinación letal, pero tú dijiste algo más inteligente...

—Sí, te dije: “Mira por dónde vas”.

—Sí, y yo dije que todo lo que podía ver, en ese momento, es que eras muy inteligente, al poder hacer las dos cosas a la vez, y sí, eras muy inteligente.

Había reporteros que, en ese instante, los habían detectado y algunos se acercaron para empezar a lanzar fotos hacia ellos.

—Aquí adentro.

Ellos reaccionaron al momento.

—Vayámonos fuera.

Dejaron los dulces en la mesa y se tuvieron que levantar para marcharse. Entraron por la cocina de la pastelería y se marcharon en un coche oficial que les esperaba por la puerta de atrás.

Cuando llegaron a palacio todavía iban riéndose, pero al subir por las escaleras, se encontraron con el mayordomo que les llamó la atención por salir de ese modo.

—Escuché que tuvieron una pequeña aventura esta tarde.

—Era todo lo que necesitábamos —dijo Sara.

—Sí, casi salimos despedidos en patines. Oh, vamos, sonrío, nadie ha salido lastimado hasta el momento.

—Parece que no fue nada, pero en su ausencia la reina quisiera tener unas palabras y me ha mandado —aclaró el mayordomo.

—Iré a hablar con ella para arreglarlo —dijo Daniel.

—Disculpe, señor, es a la señorita Dimarco a quien se le pide que la vea a solas.

—No tienes que ir —le dijo Daniel a Sara.

—No, está bien, estaré bien, ¿dónde está ella?

Sara se vistió con ropas más formales, se quitó la chaqueta vaquera y se puso una rebeca burdeos sobre el mismo vestido que llevaba puesto ese día y se acercó a ver a la reina, que estaba en los jardines a la hora de su asueto del té.

—Majestad, antes de decir nada debe saber que lo que pasó hoy no fue culpa de Daniel. Fue toda mía.

—Sí, eso estaría bastante fuera de lo que esperamos de nuestro hijo, pero significa todo lo que esperamos de usted.

—No piensa bastante bien de mí, en ese caso.

—Enviamos a nuestro hijo a los Estados Unidos y regresó con una mujer que nunca conocimos, de la que no sabíamos nada y con la que tiene la intención de casarse, y ¿de alguna manera se esperaba que simplemente aceptáramos eso?

Ella se sentó frente a la reina, pues hasta ahora había permanecido en pie delante de ella.

—También tuve que hacer algunos ajustes en mí. Danny era sólo un escritor que podía divertirse haciendo las cosas más simples, pero ahora mismo no es ese hombre, porque tiene que ser un príncipe.

—Sin embargo, príncipe es lo que él es.

—Pero no para mí, para mí, él es sólo el hombre al que quiero y podría haber sido un camarero o un jardinero por lo que a mí respecta, pero es un príncipe, bueno, al que tomará un tiempo acostumbrarse.

—Lo mismo sería ser una princesa... —dijo la reina.

—¿Puedo preguntarte algo? ¿Quién eras antes de ser reina? ¿Esto es lo que querías? ¿El palacio y todo eso era tu sueño? Porque no es el mío, pero Daniel lo es, y espero que puedas aceptarlo, porque yo no, realmente, no veo ninguna otra opción.

—¿Incluso si arruinas la vida de mi hijo?

—¿Cómo? ¿Si me caso con Daniel?

Sara miró a la reina y se sorprendió por la aspereza de su voz, y la reina la miró a ella inquieta por la contestación.

—¿Crees que soy tan mala opción? —preguntó entonces Sara.

La reina no contestó y siguió seria y solemne.

—Bueno, no lo soy. Puedes preguntarle a cualquiera que me haya conocido. Soy bastante fantástica, tal como soy, y nadie podría amar o cuidar a Daniel tanto como yo, y en caso de que no lo hayas notado...

Sara se levantó de su silla.

—Soy bastante buena aprendiendo todas estas reglas reales. Sería una esposa maravillosa para Daniel y ahora, su majestad...

—¿Sí?

La reina ahora la miró y le sonrió a su modo.

—...debería ir a ver a mis padres.

Ella se fue con determinación. Y la reina se quedó algo confusa, pero se percató del hecho de que tenía delante de ella a una mujer decidida.

Del tono de su voz dejaba adivinar que estaba decidida a convencerse a sí misma de que tal cosa era posible. La reina entonces esbozó una pequeña sonrisa enternecida por la actitud de ella, y cerró por un momento los ojos sin saber qué hacer, pues ella era también bastante obstinada y terca.

Más tarde Sara se presentó en las estancias de palacio y se encontró con Jackson que recogía el servicio del té.

—Jackson, ¿tienes un segundo? —Sara lo paró.

—Por supuesto, señorita.

—Entre nosotros, ¿qué pasaría si Danny y yo nos casáramos?

—Pues serían muy felices, me imagino.

—No, quiero decir, ¿habría alguna consecuencia, alguna consecuencia estatal o política?

—Por supuesto, tendría que renunciar al trono.

—¿No sería un príncipe?

—Todavía es un príncipe, pero al casarse con alguien que no cumple las reglas de la nacionalidad, sin querer ofenderla, eso significa que nunca se le permitiría gobernar.

—¿Que no cumpla las reglas de la nacionalidad? Bueno, entonces ¿quién gobernará?

Ella lanzó una sutil sospecha hacia algo que creía.

—¿Fiona?

—Ella cedió la línea sucesoria en favor de su hermano, pero en verdad, al ser la mayor, ella tiene más derecho que él.

—No entiendo, y ¿por qué no cumplo las reglas de la nacionalidad sueca? ¿Danny no puede cambiar eso?

—Bueno, se comenta en la prensa que no has aprendido una sola palabra de sueco. Y lo primero para ser nacional, cualquier persona que aspire a eso, es aprender a hablar el sueco.

—Y ¿cómo no me han dicho nada de todo eso todavía?

—Puede que el príncipe lo haya dado por supuesto, en general, todo el mundo puede aprender el idioma con un poco de tiempo, aunque es un idioma que se aprende en no menos de uno o dos años, por la dificultad.

—Pero me podría adaptar a eso ¿no? Hay gente que lo ha aprendido, ¿no?

—Sí, seguro que con el tiempo.

—Y ¿nadie puede cambiar esa regla? Es decir, suponiendo que me ofrezca y me brinde voluntariamente para estudiarlo.

—Sólo sus majestades pueden hacer eso, pero es una regla de nacionalidad que me siento seguro al decir que eso nunca cambiará, aunque si se ofrece a aprenderlo debería empezar hoy mismo, señorita, y demostrar que quiere aprenderlo de manera cierta y decidida. ¿Hay algo más?

—No, Jackson, ha sido más que suficiente.



Capítulo 11

De sentir realmente las lágrimas, sentir sus sentimientos, sentir cómo se sentía el hogar y dónde estaba el hogar, cuando no tenía un hogar, Sara se sintió como si estuviera lejos de casa o con la sensación de que siempre estaba tan lejos de su sentido de pertenencia, de cómo ella era en su corazón, como era ella en sí misma, porque lo que todos realmente buscaban en este mundo era amor, conexión, un sentido de propósito, un sentido de pertenencia.

Nunca hubo tanto esplendor en el Palacio de Drottningholm como las veces en que se organizaban fiestas en él. La Gala de Primavera era un acontecimiento esperado cada año.

Sus majestades aún estaban en su dormitorio preparándose y se vestían para la ocasión.

—Has estado extrañamente callada, ¿hay algo de lo que debería ser consciente? —se percató el rey.

—Estuve pensando que tal vez subestimamos a la señorita Dimarco. Creo que vislumbré a la mujer de la que se enamoró nuestro hijo y me tomó por sorpresa —respondió la reina mientras se acicalaba el vestido.

—Ella es bastante encantadora y tiene mucho espíritu, me recuerda a una chica que conocí una vez.

—Oh, sabes que te quiero.

—Bueno, después de todos estos años, ciertamente debería esperar que sí —respondió él con una sonrisa.

—Has sido el esposo más maravilloso y me hiciste más feliz de lo que quizás merezco.

—Te mereces el mundo, querida. Estoy feliz de haber podido darte al menos un pequeño rincón.

—Mi mundo está dondequiera que estés.

Ella lo besó en los labios.

—Y tenemos una fiesta a la que asistir —concluyó el rey.

Ambos se rieron.

La noche de la Gala se presentó y fue entretenido ver a damas y caballeros desfilan por los salones de palacio, y darles la bienvenida y examinarlos con el mismo interés desapasionado que mostraban ante una fiesta, en especial, aquella que serviría para presentar al príncipe y a sus nuevas amistades.

Había una pista de baile central con música de danza y vales y los mayordomos servían champán en bandejas de plata.

El príncipe hablaba con sus padres, mientras llegaron los padres de Sara, que también iban luciendo sus galas y se situaron en uno de los rincones, donde los invitados esperaban a que se hiciera la presentación y se otorgara el primer baile al príncipe para su inauguración.

—Esta corbata está demasiado apretada —dijo Bert a Marie.

—Si te vistieses más a menudo te acostumbrarías.

La madre tomó dos copas de champán de un mayordomo que pasaba con una bandeja.

Daniel hablaba con su padre y también su hermana estaba presente.

—Sé que no ha sido fácil —comentó Daniel.

—Ella es algo especial, sí, pero... —el padre intentó terminar la frase, pero alguien vino en apoyo del príncipe.

—Es perfecta para Daniel —dijo Fiona.

—¿Qué estás pensando? —preguntó el rey a la reina.

—Estoy pensando en que es el momento ahora, en que la gala está llena con nuestros amigos aquí, es ahora que hay que tener cuidado. No importa cuán especial sea la chica, no podemos casarla, si no cumple los requisitos. Sabes que así es como se hace, como siempre se ha hecho.

—Padre, madre, es hora de cambiar. Y estoy seguro de que ella se adaptará. La norma debe ser más flexible.

—No puedo discutir esto ahora. Terminemos esta discusión más tarde —dijo la madre.

En ese momento, fue el rey el que se dirigió al público asistente para abrir la gala con un pequeño discurso:

—Buenas noches, buenas noches, y bienvenidos a la Gala de Primavera. Tenemos muchos amigos aquí presentes. Como habréis escuchado, estamos aprovechando la ocasión para dar la bienvenida a casa a nuestro hijo, después de su año en el extranjero, y queremos presentarles a sus invitados especiales de América, Bert y Marie Dimarco, de Nueva Jersey.

—Hola a todos —Bert y Marie miraron al público y se acercaron más a los reyes y saludaron sonrientes, alzando la mano y haciendo una reverencia.

—Y os presentamos a la amiga del Príncipe Daniel, la hija de los Dimarco, la encantadora Sara Dimarco.

—Sara —la llamó Daniel, pero no había aparecido hasta el momento.

Sara todavía no había hecho entrada en la fiesta. Sin embargo, se presentó justo, en ese momento, desde lo alto de las escalinatas de la gran sala de baile con un vestido azul royal precioso, y un bonito peinado con una gran horquilla de perlas que dejaba la amplia melena castaña clara hacia un lado.

Los padres se sorprendieron al verla vestida de gala. Y también los reyes quedaron impresionados por su belleza, al igual que Daniel. Daniel le sonrió al verla y ella también le sonrió muy risueña, como casi siempre ella se mostraba. El príncipe fue a recogerla y le tendió su brazo al bajar ella por las escaleras. La madre de Daniel elogió la entrada.

—¡Qué entrada!

Y luego el rey anunció el baile en el gran salón:

—El príncipe Daniel y su buena amiga harán la entrada para el primer baile de la noche.

Ellos entonces se dirigieron al centro de la pista. Daniel la llevaba a ella de la mano y se dispusieron a bailar un vals. Él la cogió de la cintura y la arrimó a él y empezaron a danzar con una especial elegancia. Él la llevó por la cintura y le dio toda una vuelta a su alrededor.

—Todos me miran —dijo Sara a Daniel.

—Te lo mereces. Pareces una princesa.

—¿Sí?

—Sí, y no es una humillación.

—No puedo imaginar ser más feliz de lo que somos en este momento.

—Espera tengo que decir algo —dijo, de repente, Daniel y paró de bailar—. Para la música.

Él se separó de Sara, por un momento, y lo hizo porque quería hacer una declaración en público.

—Detén la música, por favor. Atención a todos, hay algo que me gustaría decir... Se trata de Sara, pero quiero que todos lo escuchen también.

—No, Danny, no puedes —trató también Sara de pararle.

Ella se puso seria por un momento. Estaba segura de que había una conspiración contra ella, y no creía que la madre estaba a su favor, pero no quería, por todo ello, que Daniel sacrificara su futuro.

—No lo hagas —murmuró Sara.

—Pero él lo está haciendo —murmuró la hermana de él, Fiona, que estaba observando todo junto a sus padres.

—Lo escuché en canciones y lo has leído en libros, hay poemas, pinturas y sinfonías a lo largo de la historia que dan testimonio de su poder sobre el corazón. Hasta que conocí a esta mujer, nunca supe lo que realmente significaba el amor. Con ella, mi vida es más brillante, más rica y más feliz de lo que nunca pensé posible, y no quiero que este sentimiento termine...

Daniel sacó del bolsillo de su uniforme de gala una cajita de terciopelo y la abrió conteniendo algo. Los padres de Sara se sorprendieron.

—Sara Ángela Dimarco.

—No, Danny, Daniel, su Alteza, lo siento, pero no...

Sara se fue corriendo, saliendo por las dependencias de palacio hacia el exterior.

—Sara, Sara... —Daniel trató de pararla y salió corriendo detrás de ella.

—Sara.

Los padres del Príncipe no sabían qué decir, ni qué hacer y se quedaron parados. Al llegar Daniel al recinto exterior de palacio observó a Sara con los ojos húmedos y entrecerrados y la respiración agitada. Ella estaba cerca de un ataque de ansiedad.

Por primera vez desde su llegada, Daniel se sintió asaltado por la desagradable sensación de encontrarse en un lugar vacío, carente de vida y falto de calor.

—¿Por qué me detuviste? —le preguntó él.

—Porque sé, Danny, que si te casas conmigo perderás el trono y no dejaré que renuncies a tu futuro por mí.

—Tú eres mi futuro, no me importa el trono.

—Sí, te importa, es tu derecho de nacimiento. Te amo, Danny, y todo este lugar, toda esta gente, pero no hay manera de que no tengamos la posibilidad de un final feliz.

—Olvídalos, olvida todo, menos tú y yo. Soñé que podía hacer que cambiaran de opinión y llevar

las reglas a un nuevo estilo más flexible e igual para todos. Pero hay una cosa que tengo muy clara y esa cosa eres tú, sí, tú eres y siempre serás mi sueño.

—Ambos sabemos que algunos sueños no están destinados a ser. Y este es uno de ellos.

—Sara, por favor.

Él la cogió de las manos y ella no le rechazó, pero con lágrimas en los ojos se separó de él.

—Necesito irme, Daniel, pero me has hecho sentirme muy especial durante todo este tiempo, y he demostrado que puedo ser una princesa, tanto como cualquiera, sin renunciar a una parte de mí misma y siempre atesoraré eso.

Él asintió con la cabeza.

—Pero este sueño maravilloso, tal y como es, no es para mí.

Ella puso un beso en lo alto de su mejilla cerca de la frente y se fue.

Se separó de él y se refugió en su habitación. La hermana de Daniel, Fiona, salió luego a buscar a su hermano y vio que Sara se había ido dejándolo solo a él.

A la mañana siguiente, se organizó la despedida de los Dimarco, toda la familia se despidió del servicio, y, en especial, Sara tuvo unas palabras para ellos, toda la guardia y el servicio personal de la casa.

—Gracias por todo, Jackson —le dijo Sara.

—Si puedo decirle, señorita, la voy a extrañar por aquí.

Ella sonrió.

—Yo también voy a extrañarlos a todos aquí.

Sé que no eres muy dado a abrazar.

—Sí.

—Pero tendré que lidiar con eso.

Entonces ella lo abrazó. Y luego se dirigió a Willa, que estaba al lado de Jackson.

—Willa.

Y también la abrazó. El chef también esperaba al lado de Willa y le ofreció una caja de cookies.

—Estas cookies son del chef.

—Apuesto a que son deliciosas.

—Por supuesto que lo son, es tu receta.

Ahora ella se encaminó hacia el coche, pero, de repente, la reina salió por la puerta de entrada y se acercó a buscar a Sara.

—Gracias —la reina le dijo mirándola.

En cierta forma, la reina había valorado el gesto de renuncia de ella, pues aquello significaba que ella albergaba un sentido del deber y del sacrificio, algo que era muy valorado en la realeza. Sara entonces se acercó a su majestad.

—Realmente lo pasé muy bien, su majestad, gracias.

—Me hiciste una pregunta el otro día que no pude responder en su momento, me preguntaste quién era yo antes de ser reina.

—Eso fue muy presuntuoso.

—Esa es una buena pregunta. Yo era hija, con un título de lord, no mucho más, y una tarde en la playa conocí al hombre más extraordinario, tal que él también podría haber sido jardinero o camarero, pero resultó que estaba en línea para convertirse en rey, así que, en cierto modo, he estado en tu lugar y te entiendo mejor de lo que piensas, pero las cosas son como son y, por eso, lo siento mucho y te deseo una vida feliz, Sara.

—¿Podrías hacerme un favor? Hay una mesita acogedora en el salón junto al comedor, con unas hermosas vistas, y tal vez podrías comer allí de vez en cuando, porque disfrutaríais más de esa manera.

La reina la abrazó, y ella respondió también al abrazo de la reina.

Mientras tanto, Daniel estaba con Fiona, y ambos miraban por el balcón del salón cómo Sara se despedía de la reina.

—¿No quieres decirle adiós? —le preguntó Fiona.

—Me despedí anoche, no creo que pueda volver a pasar por eso.

—Daniel, cuando te escuché expresar tus sentimientos anoche, todo lo que pude pensar fue que desearía que alguien sintiera por mí lo mismo que tú sientes por Sara y lo mismo que ella siente por ti.

—Pero ¿qué puedo hacer, Fiona? Sé cuál es mi deber. Amo a Suecia, pero también la amo a ella.

—Pensé que yo podría tomar esa decisión por ti, pensé que podría relevarte, pero me equivoqué, hagas lo que hagas ahora depende totalmente de ti. Y confío en que ella sabrá solventar el obstáculo de la lengua.

Entonces Daniel la miró y entendió que ella le estaba lanzando un salvavidas, y salió corriendo, esperando todavía llegar a tiempo, para ir a despedir a Sara y mostrarle, de nuevo, sus sentimientos con más decisión que nunca, al tener el beneplácito de su hermana.

—Sara, Sara —gritó Daniel al coche oficial que se llevaba a Sara hacia el aeropuerto.

Él corrió detrás del coche, pero ya era tarde, ya había salido del recinto del palacio y había cogido carrera.

—Es nuestro deber, hijo.

La madre de Daniel puso la mano en su mejilla para consolarlo.

—Ni siquiera el verdadero amor puede cambiar eso —dijo ella.

Pero él no dijo nada y se dirigió hacia dentro de palacio.



Capítulo 12

Todos realmente buscaban en este mundo amor, conexión, un sentido de propósito, un sentido de pertenencia y esto estaba aquí, justo en el centro de su ser, justo en el centro del corazón de Sara, pidiéndole que escuchase, pidiéndole que supiese por qué había pasado toda su vida buscándolo ahí fuera, pidiéndole a los demás que se lo dieran, preguntándose dónde podía encontrarlo y la verdad era que estaba escondido justo dentro de ella, en el lugar más tierno que no quería que nadie supiese que existía, pero estaba allí, incluso en el caso de que no lo supiera, y esta era un muy buen momento para encontrar ese lugar, para arrojarse en el centro de su corazón, preguntarse dónde estaba el hogar, qué era lo que amaba y luego averiguase qué había en el camino, porque ese era el trabajo del alma, que era el verdadero trabajo del amor y la relación y la amistad y el trabajo que hacía la ocupación por que se encontrase a sí misma.

Allí ella se encontraba sirviendo, se encontraba a sí misma tratando de arreglar qué problemas tenía en su vida, estaba buscando soluciones para el mejor lugar donde poder comenzar, y estaba justo dentro de ese pequeño templo que escondía todo lo que ella quería, todo lo que podría buscar, y sabía que no era el lugar más fácil de encontrar a veces, sino que estaba cubierto de años y años y años de condicionamiento, a veces estaba lleno de arrepentimiento o remordimiento o dolor, a veces estaba lleno de anhelo por alguien o algo, o era una cosa que necesitaba que le dices luz, que necesitaba que respondieses a su llamada y a menudo necesitaba que otros se unieran a ti en esa llamada.

Sara regresó al colegio y asistió, como hacía normalmente, a sus clases con los niños. Había una tarea que dejó pendiente y los niños habían respondido pronto, ya que habían estado haciendo un marco para la maestra. En el marco decía: “Nuestra princesa”. Y en la foto aparecía ella junto con Daniel, sonrientes. Lo habían decorado además con flores pintadas en las esquinas.

Una niña muy aplicada se lo ofreció:

—Fue mi idea y todos trabajamos en ello.

—Es hermoso —le dijo Sara.

—Eres tú y el príncipe.

—¿Y qué tal todos esos dibujitos?

—Hemos puesto cositas que sabemos que te gustan. Flores, espagueti, cachorros, café, estas

pequeñas zapatillas de deporte... Siempre tú nos dices: sé tú misma y ésta eres tú misma.

—Eso es cierto. Vamos un poco temprano. Sí, entramos cinco minutos antes.

—Sí.

—En ese caso, os diré que, si no os vais fuera del todo, salid a jugar al patio.

Les concedió un tiempo para que jugasen, y ella se quedó sola en la clase. De repente, se puso triste otra vez al ver la foto de Daniel. Se le saltaron las lágrimas y se mostró inquieta. Sabía que el daño causado era irreversible. Aunque hizo un esfuerzo por sonreír y encogerse de hombros, pero por dentro solo deseaba arrinconarse y llorar. Pero, al cabo de un momento, consintió en su destino tras exhalar un hondo suspiro.

Mientras tanto, en aquella velada, la reina había decidido celebrar la cena en esa salita con vistas, que Sara le había sugerido, por lo que cogió su plato y se cambió de sitio. Y todos la siguieron e hicieron lo mismo, y también el perro. Los mayordomos también obedecieron. Era como hacer un tributo a su invitada especial.

—¿No es acogedor? —preguntó la reina.

—Sí, mucho mejor —comentó el padre.

—Ahora mismo podemos empezar. Collins, ¿qué tenemos aquí? —la reina preguntó al chef.

—Comida de confort, la lasaña de Marie, su majestad.

—Bien.

Luego la reina vio que Beily estaba sentado en una de las sillas en lo alto y que ese no era el sitio debido.

—Beily —la reina lo amonestó levemente.

—Mamá —Fiona le advirtió.

—Él está bien ahí, le da vida a la habitación. Lo que voy a hacer es romper la tradición —entonces dijo la reina.

—Sí, supongo que lo haces —dijo Daniel.

Sara también estaba en ese momento con su madre preparando la cena.

—Pásame un paño de cocina limpio, ¿quieres? —le pidió la madre.

Sara abrió el cajón de los paños y vio que allí estaba todavía guardada su foto de niña disfrazada de princesa.

—Oh, no, no vuelvas a mirar eso. Tenía la intención de volver a ponerla en el álbum de recortes —le amonestó la madre.

—No, está bien, mamá, está bien, es sólo una imagen.

—Sí, es un buen recordatorio para tener cuidado con lo que deseas.

Se presentó una mañana soleada, con una serie de diáfanos reflejos que herían la vista de quien se atreviera a mirar el agua del lago y la luz que irradiaban las flores del parque. Sara iba entretenida haciendo jogging y, como de costumbre, poniendo mensajes de texto en su móvil, por lo que no vio quién se le acercaba desde lejos. O quizá no desde tan lejos, porque de pronto ella tropezó con una figura humana y literalmente terminó empotrándose con ella. Ella se paró y no pudo reaccionar ni saber qué hacer, si aquello era un espejismo o era Daniel o era un príncipe uniformado con traje de gala. O tan sólo se volvía a repetir la historia de siempre en su vida irresoluta.

—Todo lo que puedo ver en este momento es que envías mensajes de texto y haces jogging, una combinación letal... —le dijo él con un semblante imparcial.

—Daniel —exclamó ella.

—No hay Daniel aquí, sólo Danny, y te traje esto.

Él le entregó un ramo de rosas de color rosa pálido.

—Ojalá sean de tu jardín.

—Estaban frescas cuando las recogí, pero se marchitaron un poco después del largo viaje.

Ella le sonrió.

—Las cogí sin que lo supiera mi madre, ya sabes cómo ella refunfuña ante esas cosas.

Luego Sara miró hacia el frente y vio que no venía solo, vio algo como una escolta, o un vehículo con carroza que lo había traído.

—¿Y ese caballo y el carruaje? —preguntó ella.

—No tienes idea de lo difícil que fue entrar en Nueva Jersey... Sara, volví aquí para decirte lo que

debería haberte dicho antes de que te fueras... Soy un hombre tradicional, pero con tu ayuda, mi familia aprendió que algunas tradiciones se hicieron para romperlas. Hay un lugar en mi corazón, que necesita sentirse en la nueva escuela y en la nueva casa, y que necesita de un nuevo principio y de nuevas reglas, que así se harán.

Él se puso de rodillas y ella se sorprendió.

—No hay ninguna otra manera de decirlo. Pero nadie en el mundo puede decirme cómo sentir o lo que debo sentir y con quién pasar mi vida. Me enamoré de ti y lo hice con tanta alegría en mi corazón, con tanto amor, que sin ti no soy nada...

Ella se rio.

—Así que, Sara, ¿me haces el gran honor de convertirte en mi esposa?

—Sí.

Ella se rio con su alegría risueña y él se levantó de su posición inclinada.

—Absolutamente sí.

Ella vio que el cofrecito de terciopelo que él le ofreció contenía un anillo con una piedra preciosa. Él se dispuso a abrazarla.

—Espera, falta algo —dijo de repente ella.

—¿Qué?

—Nosotros. Debemos ser nosotros, quiero decir que cada vez que salgamos, podremos salir.

—Sin discusión.

Él la miró a los ojos, sonriendo con ternura, y se acercó a ella hasta fundirse en un beso. La besó profundamente, sin detenerse a pensarlo. No fue particularmente delicado, deslizó la mano por su nuca y la atrajo hacia sí con un movimiento seguro, aprovechando su jadeo de sorpresa para deslizar la lengua entre sus labios, con el corazón acelerado y las manos trémulas. Olvidó sus miedos e inseguridades, sólo podía pensar en que la tenía entre sus brazos y ella no hacía nada por apartarse.

Por el contrario, percibió cómo tras la sorpresa inicial, con el cuerpo tembloroso, ella ahogó un suspiro contra sus labios, y cuando se alejó, para recuperar el aliento, descansó la frente contra la mejilla de ella y suspiró.

—¿Qué hay de tus padres? —preguntó entonces ella—. ¿No tienes que renunciar al trono?

—Bueno, estaba tan sorprendido como tú. Si quieres puedes preguntarles tú misma.

La madre de Daniel salió entonces del carruaje y la bajó un mayordomo de la mano. Sara sonrió al verla. Y luego tras la madre, bajó el padre y la reina miró a Sara y le sonrió también.

Luego la reina se acercó y cogió por los hombros a Sara.

—Nosotros somos familia ahora, cariño.

Y la abrazó. Y le dio sendos besos en cada mejilla. Sara se rio y casi no podía creérselo.

—Princesa Sara —el rey padre mencionó su nombre y su título y también la cogió por los hombros—. Permíteme que te nombre así.

—Uh.

Ella sonrió. Y luego Sara abrazó a sus propios padres, que también venían todos juntos en la carroza. Y a continuación, sin falta, aparecieron algunos reporteros, pero, esta vez, ni Daniel ni Sara tuvieron que huir de ellos.

Ellos se besaron de nuevo e hicieron que aquel beso fuera oficial. Se miraron, se abrazaron, estuvieron conversando. Sus rostros aparecían indiferentes a todo lo demás, y ante el bálsamo de sus miradas y sus brazos cogidos y enlazados, ellos rebosaban felicidad.

Él acunó su rostro entre las manos y la besó con pasión, pensando sólo en ese momento.

También hubo una foto familiar con los padres y las dos familias unidas, juntas posando al lado de ellos. Sara recostó la mejilla sobre la mano de Daniel y cerró los ojos y se dejó llevar por su destino feliz.

En la fusión de sus corazones, ambos jóvenes hallaron el mutuo consuelo de sus respectivos sentimientos de dicha. Y Sara con su bondad esparció un caudal de consuelo inigualable para las dos familias allí presentes.

Epílogo



Cierto, Sara no podía hacer esto sola, no podía hacer la vida sola, y no había ningún lugar donde estuviera realmente sola, sino sólo se estaba sola aquí y ahora, pero ella estaba pidiéndose a sí misma comprometerse con la ternura, preguntando a su corazón, al corazón de Danny, qué era lo que quería, qué quería porque estaba ahora en un buen momento para pedírselo a su corazón.

Con Danny todo era posible. Era un príncipe valeroso: tenía recursos, era orgulloso y valiente.

Ese pensamiento le dio esperanzas.

Sí, Danny era valiente; confiaba en él. Encontraría una solución y la encontraría con ella. De eso estaba convencida. Si lo deseaba, la encontraría. Rezó con toda su alma aquel día para que no padeciera, a pesar de los tormentos que le había hecho sufrir. ¿Por qué tenía que estar en la misión de paz de Ucrania involucrado? Debía viajar allí en una misión humanitaria.

Además, no sabía cómo evitar la guerra entre los pueblos, y eso también le torturaba.

Se giró sobre la cama una y otra vez, igual que giraban los pensamientos en su cabeza. Danny no salió ni un segundo de su mente. Pensaba en él y rezaba para que no sufriera demasiado. Recordó sus caricias, la dulzura de sus labios sobre su piel; sintió la mordedura del placer, el increíble placer de su miembro entrando en su cuerpo y el placer que iba y venía en ella. Un placer fulminante que le había hecho ver las estrellas.

Lo amaba tanto... Y lo echaba tanto de menos.

Cerró los ojos con más fuerza y se obligó a calmarse. Tenía que dormir. Tenía que estar en forma para seguir con la lucha de la vida.

Se encogió sobre su vientre, que le dolía terriblemente de tanto que echaba de menos a Danny, y se lo abrazó con la esperanza de reconfortarse. Se sentía tan sola y tan perdida cuando por la mañana se había sentido tan valiente... Las lágrimas perlaron de nuevo los bordes de sus pestañas. Cuando cayeron, Sara las secó con rabia con el revés de su mano. Tenía que ser fuerte por Danny, por su amor por él.

Nunca habría imaginado que era posible querer tanto a un hombre.

Pero era así. Danny se había incrustado en su piel haciéndola suya.

Abrió de nuevo los ojos y saltó de la cama cuando escuchó pasos en el pasillo. Con las manos

unidas en su corazón, que sentía palpar bajo sus puños, esperó con los ojos habituados a la oscuridad únicamente atravesada por la luz de la luna. Su corazón dio un salto cuando la puerta se abrió y dio paso a su dama de compañía.

Su rostro apareció en el halo de luz que llegaba de la ventana. Estaba, como de costumbre, vestida sencillamente con un vestido negro y un delantal blanco. Estaba a punto de amanecer y le traía café americano y le anunciaba que Danny estaba allí.

El corazón de Sara se aceleró cuando comprendió, por su determinación, que había venido a buscarla para no sorprenderla directamente.

Sin embargo, aunque quería verlo sobre todas las cosas, quería también hablarle de sus problemas domésticos.

También Danny venía con esa resolución de hablarle. No quería hablar con nadie. Al menos, no por el momento. No hasta que tuviera alguna explicación por parte de Sara.

Iba a solucionarse, no podía ser de otra forma.

Le explicaría en un momento u otro lo que le sucedía, tenía que ser paciente y no agobiarla. Sara siempre decía lo que pensaba, no disimulaba, y no era falsa ni mentía.

¡Sí, se iba a solucionar!

Se dio cuenta de que detestaba que su mujer fuera fría con él, y odiaba no comprenderlo. No comprenderla. ¿Cómo podía hacerlo tan feliz y pocos minutos después evitarlo? Detestaba lo que le hacía sentir. Él la necesitaba; una necesidad que venía del fondo de sus tripas. No podía pasar de ella. Estaba dispuesto a todo por ella, se lo había probado, había sufrido por ella y cuanto más sufría, más se acercaba a ella y más feliz era, como si ese amor le diera una fuerza insospechada.

De nuevo, subiendo las escaleras hasta su habitación, le pareció ver su mirada llena de lágrimas en ese momento, pero eran lágrimas de contento.

Entró en la habitación y descubrió a su mujer que lo esperaba acostada de lado, con los ojos abiertos.

La necesitaba entre sus brazos, con su calor y su feminidad.

Esperaba que quisiera hacer el amor a esas horas; estaba seguro de que así se animaría. ¡Nada mejor que el sexo para rebajar las tensiones!

Se le escapó un suspiro al contemplarla. Estaba tan bella así, con una mano bajo la almohada y la otra plana cerca de su mejilla, y con la trenza detrás de su espalda. No se había desatado el pelo

como siempre hacía.

Tras la cena, tenían la costumbre de subir a acostarse y ella se sentaba en el tocador y se peinaba el largo pelo mientras él se metía en la cama. Luego, Sara se tumbaba a su lado. Danny adoraba mirarla mientras se peinaba, eso encendía sus sentidos.

Se acercó a ella y se tumbó a su lado abrazándola para darle consuelo, mientras ella lloraba.

Se pegó a ella, le pasó un brazo por encima del vientre y le besó el hombro descubierto. Su piel era dulce, cálida. Tierna también. Se quedó así un momento, con sus labios en su piel, conmovido. Más conmovido de lo que nunca había estado.

—Te quiero —murmuró.

Necesitaba decírselo.

Una lágrima cayó a lo largo de la mejilla de Sara al sentir a Danny tan cerca de ella, pero con la angustia de que iba a separarse otra vez.

Lo escuchó suspirar y lo imaginó sobre su espalda, con los ojos fijos en un punto invisible sobre él, mientras que su corazón dolía a horrores.

Acababa de decirle que la quería.

Entonces, ¿por qué? Si la quería tanto, ¿por qué se negaba a que ella pudiera tener un trabajo en una escuela con niños? ¿Por qué no quería consolidar su amor al mismo tiempo con el nacimiento de un hijo? ¿Por qué negarle la felicidad de ser madre? ¿Tenía algo que ver con lo que le había pasado a su abuela? En su familia había una tradición de mujeres que sufrieron mucho en el parto.

Por su respiración, él sabía que ella no estaba feliz.

Inspiró profundamente y se giró. Luego volteó la cabeza para observar su perfil. Como esperaba, tenía los ojos abiertos y miraba al techo. Al sentirse observada, Danny también se volvió.

—¿Por qué no dormimos un poco? —le preguntó.

—¿Por qué no quieres un hijo ahora?

Su marido abrió los ojos.

—¿Perdón?

Ella analizó su mirada.

—Me has entendido perfectamente, Danny. ¿Por qué?

—¡Sí, quiero un hijo! ¡Es más! Mi obligación es traer a un hijo. Pero no quiero con esta guerra ahora, y con las responsabilidades, quiero disfrutar de estos primeros años.

Ella ignoró la bola que se iba formando en su garganta ante la dureza de su voz.

—Cuando te lo pregunté, me dijiste: «Ahora no». Pero nunca me has dicho por qué.

—¿Por qué? ¿Habría marcado la diferencia? ¿Te habrías arrepentido de haberte casado conmigo?

Sabía bien que su voluntad no tenía mucho que ver en ello. Los dos se habían sentido atrapados. Habían celebrado un matrimonio y los sentimientos se habían mezclado con las obligaciones. Antes que eso, se gustaban y se deseaban, y se querían. Eso marcaba toda la diferencia. Y cuanto más hacía el amor con él, más se vinculaba a él. Aunque se preguntó de repente si el amor podía hacer sufrir así, cuando tenían deseos que no compartían.

—No bromeo, Danny. Yo... creía que ahora que hemos reconocido nuestros sentimientos, ahora que nos queremos, querrías tener un hijo conmigo y querría yo poder tener niños a mi alrededor en una escuela privada; pero es evidente que me equivocaba. Sólo quiero saber por qué —suspiró tras unos segundos de silencio—. ¿Por qué no quieres?

Ponerle palabras a lo que sentía le daba validez a sus sentimientos, y eso le laceró el corazón; pero ya no podía callárselo más. Ante la mirada dura y cerrada de Danny, supo antes de que dijera nada, que no cedería ni daría explicaciones.

Los ojos de Danny atravesaron los suyos y le pareció leer en ellos un gran sufrimiento. Luego apretó los dientes y se giró.

—No es el momento. Quiero que disfrutemos del primer y el segundo año nosotros solos.

—Entonces, ¿eso no parece algo egoísta?

Viendo que él no respondía, ella insistió:

—Yo quiero hijos, Danny. Me gustan los niños y siempre he querido formar mi propia familia. Y esos niños los quiero tener contigo —añadió ella con la garganta oprimida por la emoción—. No creo que pueda ser feliz si te niegas.

Había abierto su corazón y se quedó en silencio mientras su corazón seguía latiendo desbocado.

Se quedaron unos momentos en silencio y, de pronto, ella sintió los dedos de Danny sobre los suyos y luego él se los llevó a la boca.

—Olvidémonos de eso. ¡Ponte sobre mí! Te deseo.

“¿Pero realmente pensaba resolver sus problemas y hacerla callar haciéndole el amor?”, pensó ella.

Le apartó la mano.

—¡Yo no tengo ganas! No me acostaré contigo hasta que no me digas por qué yo no puedo estar con niños a la par que tú estás en misiones militares. Tengo derecho a saberlo, Daniel —espetó ella.

—¡Muy bien, como quieras!

Evitó su mirada y su rostro se contrajo más aún.

—¡No tengo nada más que decir!

—Pero...

Miró impotente su silueta en la estancia, y vio que se dirigía al baño para ponerse ropa cómoda.

Luego la puerta se cerró.

Ella retuvo las lágrimas puesto que eso le recordaba otra vez cuando habían hecho el amor. En ese momento también él prefirió huir antes que confiar en ella. Danny era muy reservado, y era evidente que no quería reconocer sus debilidades, ni siquiera a ella. ¡Pero era su mujer!

¿Por qué reaccionaba así? ¿Por qué era tan difícil hablar con él? Seguramente porque era una debilidad suya... Ella no tenía ninguna intención de utilizarlas contra él, solo quería comprenderlo y, si fuera el caso, ayudarle a curar sus heridas. Porque había heridas... Pero al verlo tan seguro de sí mismo, tan valeroso y a veces tan arrogante, no se hubiera imaginado que ese fuera el caso. A menos que su amor por ella no fuera tan grande como creía.

Ese pensamiento le hizo tanto daño que estalló en hipidos. Apretó la sábana contra su corazón.

¿Cómo podía tratarla de esa forma? ¡No entendía nada!

No era capaz de confiar en ella o explicarle lo que pensaba y eso era algo que estaba por encima de sus fuerzas.

¿Por qué? ¿Por qué se escondía?

O quizá simplemente era posesivo. Le pertenecía: era su mujer, su propiedad. Pero eso no iría más allá; no haría ningún esfuerzo para que ella fuera feliz...

Todo acabó por mezclarse en su cabeza y dudó sobre si perdonar su indiferencia ante su dolor..., o su desesperanza por no convertirse en madre.

Quería a su mujer a su lado, pero ¿estaba listo para olvidar ese miedo omnipresente? ¿Ese miedo a perder a la persona que más amaba, más que a sí mismo? La verdad era que quería estar sin el deber de los hijos por un tiempo, vivir y disfrutar relajados.

Había encontrado a la persona con quien hacer su vida, tener una familia, su propia familia. ¿Era capaz de poner en peligro la felicidad que podía tocar con la punta de sus dedos? Allí, en ese instante, lo ignoraba, pero una cosa era segura: no podía dejar la situación como estaba.

Cuando hacían el amor siempre se corría en sus muslos y ella se lo reprochaba, porque se sentía vacía.

Ahora que había tomado una decisión, estaba impaciente.

Ya quería volver otra vez para abrazar a su mujer.

Aquel nuevo día regresó de haber estado en el castillo de su padre, y desde allí cabalgó parte del día.

Lo importante era salir pronto para encontrar a su mujer y decirle que la quería.

Dio media vuelta y corrió hacia el salón donde se despidió de su madre.

—Hay que arriesgarse por la mujer a la que se quiere.

Miró a su madre y descendió por las escaleras del palacio, no sin antes besarla en el rostro.

—¡Cierto! ¡Ve!

Danny asintió sin decir nada más y bajó las escaleras. Tenía que darse prisa.

Quería ver a su mujer, explicarse, hacer las paces y hacerle el amor sin esperar más horas...

Sara se despertó en el momento del alba, pero vio que él ya no estaba y se quedó luego dormida un poco más.

Danny se había invitado en sus sueños o, más bien, en sus pesadillas. Había soñado que lo perdía y se había despertado llorando. Esa situación no podía durar más, era demasiado infeliz. Echaba demasiado de menos a Danny, tenía la sensación de no ser ella misma sin él. Se había vuelto al cabo de los meses alguien indispensable para su ser y, aunque no le diera lo que ella deseaba con todo su corazón, quería seguir siendo su mujer. Quizá con el tiempo acabaría olvidando el tema de los hijos. Al final, siempre tendría niños a su alrededor...

Se levantó esa mañana tras la horrible pesadilla, y, después de haber cogido una manzana de la cocina, salió al patio en busca de su yegua.

Los guardias le abrieron las puertas y el sol ya había empezado a despuntar cuando partió al galope. El aire fresco le golpeaba las mejillas y se llevaba las lágrimas de sus ojos..., pero lo adoraba. Nada como una cabalgada de buena mañana para revigorizarse y apartar las brumas de su mente.

Incitó al animal a ir más rápido y, a cada paso, sentía que su corazón se aligeraba. Incluso sonrió. Era joven, fuerte, tenía toda una vida ante ella y quería a su marido. Un hombre extraordinario. Eso le hacía tan feliz que nada más tenía importancia. Su principal preocupación era —y seguiría siendo— él, Daniel. Vio su sonrisa, sus ojos un tanto oscuros y a su vez risueños cuando asaltaba sus labios, luego su cuerpo, su ardiente deseo que encendía sus venas y toda su alma.

Sólo pensaba en él, en lo que le diría, y luego en todo lo que le haría cuando estuviera de nuevo entre sus brazos. Empezaría por disculparse. No era su fuerte, pero tenía que hacerlo; se había ido sin decir nada. Le reprochaba que no le hablara y de huir a la mínima, pero al final, ella había hecho lo mismo y ahora que su cólera se había desvanecido como la niebla del alba al salir el sol, se arrepentía.

¿Se había preocupado por ella?

Eso esperaba..., pero, a la vez, temía su reacción: definitivamente estaría enfadado y ella iba a usar todas sus armas para hacerse perdonar. Lo persuadiría.

Ralentizó su montura cuando llegó al lugar donde todo había comenzado.

En aquel castillo, que, al lado del lago, tenían por hogar.

Recuperó el aliento y descendió hasta el borde del lago, que brillaba entre las ramas. Algunos restos de niebla permanecían sobre su superficie. Era magnífico, casi mágico. Misterioso, quizá. Se vio pensando en Danny al salir del agua, con su cuerpo brillando bajo la luz, igual de magnífico. Se habían bañado en el verano. Estaba loca por su cuerpo, podría pasarse la vida acariciándolo, besándolo... A cada segundo de su existencia, ella quería pertenecerle.

Se quedó un momento así, contemplando el agua. Sentía tanta calma que una dulce serenidad la envolvió.

Finalmente, tras unos momentos, dio la vuelta y retomó su camino al castillo.

¡Qué sorprendente podía ser la vida!

De repente, oyó el ruido de unos cascos y su cuerpo se tensó. Un caballo relinchó cuando se lo encontró a su paso. Era Danny.

Su corazón latía desbocado, se giró hacia él, y retuvo una risa nerviosa por el susto de su inesperada presencia.

¡Sabía que no tenía que aventurarse sola al bosque!

Reculó un paso y su cuerpo se tensó al ver a Danny saltar del caballo muy cerca. Luego se acercó a ella dando unos pasos pesados. Cuanto más se acercaban, más tenía la sensación Sara de que su corazón se detendría.

Corrió rápidamente hacia él, pero tenía en el rostro miedo.

—¡Vamos, Sara!, ¿así recibes a tu marido?

—¿Danny? —gritó ella, lanzándose a su cuello comprendiendo que no quería perderlo.

—¡No vuelvas a hacerme eso, el de irte tú sola por el bosque! —gruñó y ella encontró su mirada furibunda.

—Lo siento. No volveré a hacerlo, te lo prometo.

—¡Eso ya me lo dijiste la última vez! ¡Por Dios, Sara, estaba muerto de preocupación!

—Sé que te hice la promesa de no huir nunca sin decirte nada, pero es tu culpa. ¡Estaba enfadada contigo!

Ella reculó un paso con el corazón desbocado, mientras Danny se quedó inmóvil ante ella, con una mirada que la devoraba. Una mirada que ella le devolvió, igual de implacable. Se fijó en sus rasgos cansados y el polvo de su ropa. Parecía agotado, y eso la inquietó.

—Vayamos al castillo.

Cabalaron a paso lento hasta que se refugiaron dentro, y fueron a su habitación, para limpiarse el polvo y descansar de ese día.

Se observaron con intensidad durante lo que le pareció a Sara una eternidad. Luego, cuando se sintió perdida, Danny se lanzó contra ella, contra sus labios. La apretó contra él besándola como si su vida dependiera de ello. Sara le devolvió el beso con pasión mientras su cuerpo se encendía. Nunca la había besado con tanta pasión y ella no se quedó atrás. Fue ella misma quien tomó la iniciativa deslizando sus manos bajo su camisa tras haberla sacado del pantalón.

Quería que la tomara.

Danny rompió su beso y, sin decir palabra, se deshizo completamente del pantalón, se retiró su camisa que cayó a sus pies, revelando su sexo tenso. Sara retuvo el aliento, pero se embolsó de nuevo cuando Danny avanzó hacia ella y le retiró la chaqueta que vestía. Plantó sus ojos en los suyos mientras deshacía los lazos de su vestido, que finalmente deslizó por su cuerpo. Sus ojos continuaron devorándose, mientras acariciaba el final de su vientre. Se excitaron cuando él continuó el camino hasta la intimidad de ella, sobre la que se apoyó, haciéndola gemir.

Seguía sin decir nada, solo sus alientos se hablaban, pero Sara podía leer en su mirada todo lo que las palabras no hubieran podido decir. No necesitaba palabras y tampoco necesitaba hablar. Era otra cosa lo que deseaba. Quería responder a esa fiebre que veía en los ojos de Danny y quería sucumbir.

Se acercó más, se pegó a ella y tomó su nuca entre los dedos. Los senos de Sara se incendiaron, igual que su carne, que sintió cómo se hinchaban bajo la espera. Su boca se abrió en un grito mudo, cuando los dedos de Danny entraron en su vulva, haciéndola casi correrse. Entonces retomó sus labios ferozmente, apasionadamente, haciéndola ir y venir con sus dedos en su cuerpo, dulcemente, luego tan rápido y fuerte que le fue imposible retener los gemidos.

Pero quería más. Mucho más.

Lo quería a él entero.

Agarró el miembro de Danny entre sus manos, haciéndolo gruñir también. Había aprendido cómo acariciarlo, cómo besarlo y cómo llevarlo al placer, y ella lo adoraba. Adoraba someterlo a su voluntad —como él hacía con ella—, adoraba darle placer, adoraba ver sus ojos arder, su cuerpo tensarse y luego temblar cuando por fin se desataba.

Sus gemidos roncros eran endiabladamente masculinos, como en ese momento.

Estaban a punto del éxtasis a manos del otro, sus bocas cerca, la una de la otra, abiertas para exhalar el placer. Un placer que se daban, que compartían bajo sus miradas. Unas miradas que se poseían y se hacían el amor.

No pudiendo más, Danny retiró los dedos de sus carnes y la tomó por las nalgas en la cama, sobre la que estaban tendidos.

En cuanto su espalda reposó sobre la cama, entró en ella de un golpe, haciéndola gritar de éxtasis. Luego comenzó a hacerle el amor, y fue maravilloso. Todavía más fuerte y más apasionado que de costumbre. Todavía más intenso. Sus gritos de placer se correspondían, sus alientos se aceleraron mientras su placer aumentaba. Era tan agradable y tan fuerte que se le escaparon unas lágrimas. Apretó a Danny contra ella, agarrándolo cada vez más con sus brazos y sus piernas que cerró para que fuera todavía más lejos y más fuerte. Se dejó perder totalmente, plenamente, dándose todo,

hasta su alma, que ya poseía. Pronto no fue capaz de retener el éxtasis y se corrió con tanta violencia, sintiendo sus carnes tensarse alrededor del miembro de Danny. El gozo era tan grande que sintió llegar a la cima a los dos. Y cuando pensaba que su príncipe se iba a retirarse a su lado como tenía la costumbre, la tomó todavía con más fuerza y se hundió más en su interior.

Liberó su semilla en ella por primera vez, soltando un grito de placer. Sus ojos se abrieron como si se hubiera sorprendido y continuó yendo y viniendo mientras gruñía, haciéndola excitarse de nuevo para finalmente quedarse en ella sin moverse.

Deslizó sus manos por su frente para apartar el pelo húmedo por el sudor de los arrebatos y depositó un beso en sus labios.

—Si hubiera sabido que era así de bueno —dijo él tras haberla contemplado con intensidad—, me hubiera liberado dentro de ti desde la primera vez.

Danny sonrió y puso una mano sobre su rostro.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—No quería perderte —empezó con la voz rota—. Tenía miedo. Todavía tengo miedo de perderte, claro, pero quiero hacerte feliz. Así que, si quieres un hijo, tendremos un hijo.

Sara sintió que su garganta se cerraba.

—Todo irá bien, te lo prometo. No soy como tu abuela; soy fuerte, tengo buena salud y creo que soy bastante dura.

Ella no quería hablar de la abuela de Danny puesto que no sabía exactamente lo que había pasado. No la conocía personalmente, a diferencia de él.

—Sí, eres dura, y así es como te quiero.

—¿Me quieres, entonces? —preguntó ella al borde de las lágrimas. Últimamente había dudado de su amor al haberse metido ideas estúpidas en la cabeza. Creía que tras haber disfrutado de su cuerpo, dejaría de atraerle.

—Sí, Sara, te quiero. Te quiero como un loco. Te quise desde que te vi por primera vez.

—Yo también te he querido desde la primera vez que te vi —reconoció ella.

Ella rio y se sintió tan bien que continuó cuando Danny le besó el cuello.

—¿Desde que me viste en Nueva Jersey? —continuó mientras le besaba el vientre. Sara sintió que su respiración se aceleraba.

Acababan de abandonarse el uno al otro, pero ya lo deseaba de nuevo y quería unirse a él. Sobre todo si tenía que ser igual de magnífico que la vez precedente.

—Sí, también... —rio ella antes de gemir cuando cerró sus labios sobre su pequeño punto sensible.

Su respiración se entrecortó cuando la besó y luego entró su lengua en su intimidad.

Agarrada a su cabello rubio, apretó el rostro de Danny contra su intimidad para incitarlo a ir más lejos. Y, cuando frotó con su pulgar su punto caliente, ya sumido a una dura prueba por los asaltos anteriores, explotó de placer en su boca. Un placer que lamió para enseguida volver a sus labios.

Sintió su sabor en su boca y, lejos de disgustarla, la hizo estremecer, puesto que era el sabor de sus placeres mezclados. Un placer que le daba generosamente como le gustaba hacer.

Su marido le levantó las manos por encima de su cabeza, la aprisionó para que no pudiera escapársele y entró de nuevo en ella, sometiéndola a su miembro rudo como la piedra. Sara se sintió de nuevo llena, divinamente poseída y, a cada golpe de caderas, gritó de placer cuando chocó en su interior, haciéndola recular bajo el asalto.

Era todavía más fuerte, más intenso.

Pero, de repente, cuando ella iba a llegar al cenit, Danny salió de su cuerpo.

—¡Ponte a cuatro patas! —ordenó con voz grave.

Ella obedeció y él le agarró el pelo con las manos.

Sabía que le gustaba esa postura, que le permitía hundirse todavía más en ella. Entró de nuevo en su feminidad, empujando divinamente el fondo de su vientre mientras tiraba de su pelo hacia atrás, arqueándola todavía más. Se sintió abrumada, sumida al placer de su hombre y poseída plenamente y era cada vez más fuerte, más duro. Cuando le dio un pequeño azote en el culo hundiéndose en ella brutalmente, se abandonó y gritó de placer; y, sintiéndose deliciosamente agotada, se corrió de nuevo. Fuerte, más fuerte que nunca. Danny se unió a ella gruñendo y con el cuerpo tenso como un arco.

Se quedaron así durante unos segundos: ella inclinada hacia delante con la cabeza entre las manos, y él todavía hundido en ella, agarrado a sus caderas, con sus dedos incrustados en su carne. Le quedarían marcas, pero entonces se acordaría con emoción de ese momento como el más intenso que nunca había vivido.

Se incorporó y sintió los labios de Danny sobre su hombro.

—Gracias, mi amor, ha sido divino —murmuró en su oreja antes de apartarse y dejarse caer sobre su espalda.

Le tendió el brazo.

—¡Ven!

Sara se dejó caer contra él y él la abrazó.

—¿Tienes calor? —preguntó tras unos minutos de silencio, durante los cuales dejaron que sus respiraciones volvieran a la normalidad.

—No, estoy bien.

Dejó un beso en su pelo e inspiró, como si quisiera disfrutar de su olor.

—Perdóname —murmuró de nuevo—. He sido un poco brusco, pero... creo que me haces perder la cabeza, mi amor. Es magnífico liberarme dentro de ti... Creo que no me cansaré jamás.

Sara levantó la cabeza, apoyándose en su torso todavía caliente y soldó sus iris a los suyos.

—Para mí también ha sido maravilloso. Y nunca será demasiado fuerte. Adoro pertenecerte y puedes hacer lo que quieras conmigo, sobre todo si es bueno. Y bien, ¿es diferente cuando tú... cuando te liberas dentro de mí? —se atrevió a preguntar sintiendo que se ponía roja hasta el nacimiento de su cabello.

Soltó una carcajada.

—Me encanta cuando te sonrojas de esta manera y cuando eres capaz de dejarme tomarte, cuando te deseo. A veces me costaba imaginarlo, antes de convertirte en mi mujer. Y, para responder a tu pregunta, lo he descubierto ahora y he sido el primer sorprendido. Pero no me voy a quejar.

Sara hizo una mueca.

—Al principio, tenía miedo de que me encontraras demasiado tierno, demasiado... ingenuo... —confesó él.

—Al contrario —dijo ella.

Él pareció divertido deslizando su dedo por su labio inferior.

—He adorado ser el que de verdad he sido iniciado en el placer y reconozco que eres buena profesora de niños y de otras cosas, y que tus lecciones me llenan.

—Tú también me llenas, mi amor.

Sara reprimió un bostezo. Estaba agotada, pero todavía tenían cosas de las que hablar.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

Le besó la frente y respondió:

—No lo sabía. Me preocupé al no verte y supuse que estarías cabalgando y que querías ir a ver el lago.

Se estremeció de nuevo.

—¡Y me sorprendiste! Creía que mi corazón dejaría de latir del miedo.

—Mi furia se apaciguó ahora —gruñó él retomando sus labios para besarla apasionadamente y dejándola sin aliento.

—¿De verdad quieres un bebé? —preguntó ella tras haber roto su beso e inspirado profundamente—. No querría que lo hicieras por mí, Danny, sino porque realmente lo quieres.

El corazón de él latió desbocado; era el momento de la verdad. Agarró su nuca y se hundió en sus ojos.

—Sí, mi amor, quiero tener hijos. Es mi mayor deseo, tener un hijo contigo. Perdóname, me he comportado como un imbécil.

—Tenías miedo a perderme, has dicho antes.

—Primero fue la abuela, luego otra pariente lejana de la familia y... nuestra libertad.

Sara le puso los dedos en sus labios para que no siguiera hablando. No quería que se torturara con esos dolorosos recuerdos.

—Lo sé.

Vio con estupor cómo los ojos de Danny se llenaban de lágrimas. Ver a un hombre tan orgulloso y tan valiente derramar una lágrima por miedo a perderla le emocionó más allá de las palabras.

—Perdóname —imploró ella una vez más.

—Oh, mi amor, claro que te perdono —respondió él lanzándose sobre ella, que estaba también estaba al borde de las lágrimas—. Todo irá bien. Y tendremos los niños más bonitos y fuertes del mundo.

Se incorporó y acarició su mejilla.

—Pero tú seguirás siendo el centro de mi mundo, porque te querré siempre. Incondicionalmente

—declaró Sara, mientras ponía sus labios sobre los de él.

Se besaron ferozmente antes de dormirse.

Estuvieron así acurrucados hasta el final de la noche, refugiados en la fortaleza, tendidos y ebrios de amor y seguros de su posteridad.

Acerca de la autora



REBECCA BECCA: "He ido evolucionando en mis gustos de acuerdo con mi edad. En la poesía me han influido Sylvia Plath, Marina Svetáyeva y Alejandra Pizarnik, para mí ellas, Mary Oliver y Virginia Woolf son las magníficas. Y en novela histórica romántica, Ava Krol, Karen Marie Moning, Kimberly Killion, Kate Danon, Hannah Howell, Emma Fraser, y muchas otras más..." He escrito algunas novelas de interés divulgativo: La Presencia del Amor, Una historia sin Escribir, y El Maestro Perfumista.

Libros de la autora

[Mayordomo enamorado](#)

Emma Conroy tiene todo el conocimiento en su cabeza y es diligente en el estudio, pero al llegar a la Escuela de Mayordomos, sin embargo, descubre que tiene como miedo escénico en la ejecución real y falla una y otra vez.

Por el contrario, Henry Walker, uno de sus compañeros de clase, ni siquiera parece querer estar allí al ser menos que meticuloso en su actitud. Él y Emma chocan porque ella usa demasiado la cabeza y esto siempre la mete a ella en problemas en el proceso, sin embargo, él parece que siempre sale como oliendo a rosas por su aptitud más natural ante el trabajo.

Emma se entera de que la razón por la que a Henry le va bien es que es un mayordomo por derecho heredado, que proviene de una línea de doscientos años de mayordomos, pero en lugar de seguir los pasos de su padre, como su padre espera, tiene otros pensamientos como una profesión deseada, es decir, la de ser un chef.

El Sr. Willoughby, director de la Academia, sugiere que los dos trabajen juntos para que cada uno pueda brindar la perspectiva y la habilidad necesarias que el otro no tiene para el trabajo. En el proceso, cada uno puede abrir los ojos del otro a lo que realmente quiere y posiblemente abrir también el corazón de cada uno para poder lograrlo.